

EL BAILE
LAS MOSCAS DEL OTOÑO

Irène Némirovsky

EL BAILE
LAS MOSCAS DEL
OTOÑO



Ediciones de la Banda Oriental

ISBN 978-9974-1-1170-7

©

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL SRL

Gaboto 1582 - Tel.: 2408 3206 - Fax: 2409 8138

11.200 - Montevideo, Uruguay.

www.bandaoriental.com.uy

Carátula: Fidel Sclavo

Diseño: Silvia Shablico

Queda hecho el depósito que ordena la ley

Impreso en Uruguay - 2020

Irène Némirovsky

- El baile - Las moscas del otoño

Irène Némirovsky (1903 - Kiev, Ucrania - 1942, Polonia) escribió, pese a su extrema juventud, numerosas novelas y cuentos en el París de los años 20. Su carrera literaria se trunca cuando, por su condición de judía, es deportada al campo de concentración de Auschwitz, donde fallece.

Respecto a los textos incluidos en este volumen, Rosario Peyrou decía en su excelente introducción al libro publicado en Lectores de Banda Oriental (1) lo siguiente: «Los textos que reúne este volumen pertenecen al momento de mayor brillo de la trayectoria de Irène Némirovsky, publicados en los dos años siguientes a la edición de *David Golder*, su novela consagratória. *El baile* (1930) y *Las moscas del otoño* (1931) resultaron para la crítica francesa la confirmación del talento de la joven escritora rusa. Sin ser autobiográficas, ambas están estrechamente vinculadas a situaciones que la autora conocía de primera mano. *El baile* es una reformulación de una experiencia profundamente marcante, que se repetirá en varias ocasiones en su obra: la conflictiva, dolorosa relación con la madre. La misma relación que la autora narra en *El vino de la soledad* (1935) y en *Jezabel* (1936), contada aquí en clave de venganza y con una intensidad que deja sin aliento. Brillan en *El baile* las mejores virtudes de Némirovsky: la habilidad para manejar los ritmos de la narración (en este caso, el modo en que conduce los tiempos, ralentizando el desenlace, deteniéndose en situaciones que cargan dramáticamente el final), la crudeza con que revela en pocos trazos un ambiente social, y la habilidad para componer personajes. La madre, una suerte de retrato impiadoso de la suya propia, es una mujer sin escrúpulos, desprovista de ternura, desesperada por ascender socialmente, que no deja crecer a su hija por miedo a envejecer. Este último detalle, que juega un papel fundamental en la trama de *El baile*, está tomado literalmente de la situación autobiográfica: Fanny Némirovsky presentaba a su hija en las fiestas de los grandes hoteles de la costa francesa como su “hermana pequeña”. Con el personaje de Antoinette, la autora hace una lúcida indagación psicológica sobre el rechazo afectivo, la soledad adolescente, el oscuro despertar a la sensualidad, la mirada por primera vez inclemente sobre el mundo

adulto, junto con el descubrimiento de una capacidad de odio y de venganza que es una forma desesperada de autoafirmación. La historia, contada en tercera persona pero desde la mirada crítica de Antoinette, se vuelve también una farsa irónica sobre esa clase burguesa de nuevos ricos obsesionados por el reconocimiento de las esferas de poder, que es uno de los temas constantes en la obra de Némirovsky. En ese sentido es demoledor el retrato social que surge de la escena en que se hacen las tarjetas de invitación, o la conversación sobre la decoración del salón entre la madre y la profesora de piano. Contada en base a diálogos, la obra, que fue llevada al cine en 1931 con una Danielle Darrieux debutante en el papel de Antoinette, ha tenido varias representaciones teatrales, entre ellas la que el dramaturgo y director catalán Sergi Belbel hizo en 2010, combinando teatro y danza.

Las moscas del otoño—que ha sido traducida también en español como *Nieve en otoño*—tiene un tono radicalmente distinto. La ironía y el humor negro de *El baile* dan paso aquí a una melancolía que recuerda a Chéjov, uno de los autores más admirados por Némirovsky. Ambientada en el mundo del exilio ruso, cuenta la experiencia de la huida de Rusia a raíz de la revolución de Octubre y la dolorosa adaptación a la vida en Francia. La crítica de izquierda le reprochó en su momento a Némirovsky el antibolchevismo del relato, aunque no es la política el centro de esta brevísima novela, sino el exilio. No es casual que para contarnos esta situación que ella había presenciado en compatriotas suyos, no haya elegido a un personaje de la clase alta sino a una vieja niñera que ha criado a varias generaciones de ricos burgueses. Irène misma, tan rechazada por su madre, solo conoció en su infancia el afecto de sus *nianias*, y es a una niñera a quien confiará años más tarde sus hijas, cuando presienta la tragedia que se avecina. Tatiana Ivanovna, esa vieja campesina rusa, con su lealtad sin condiciones y su incapacidad de desprenderse de lo que ha sido su vida de servicio, será la que sostenga la memoria cuando todo se haya desbaratado. Es ella la única que parece ver la magnitud del naufragio moral en los más jóvenes de la familia, sobrevivientes de un pasado que no volverá, desconcertados como moscas al final del verano, perdida la vitalidad y el sentido de la existencia. Como en el caso de *El baile*, el relato es una muestra acabada de la sutileza y la mano segura de una escritora excepcional».

EL BAILE

1

La señora Kampf entró en la sala de estudio cerrando la puerta tras de sí de una manera tan brusca, que la araña de cristal tintineó con todos sus caireles agitados por la corriente de aire, con un sonido puro y ligero de cascabeles. Pero Antoinette no dejó de leer; estaba tan encorvada sobre el pupitre que su pelo tocaba las páginas del libro. Su madre la contempló un momento en silencio; luego se plantó delante de ella, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Podrías hacer un esfuerzo al ver a tu madre ¿no, hija mía? —le gritó—. ¿O tienes la cola pegada a la silla? Qué distinción la tuya... ¿Dónde está miss Betty?

En la habitación de al lado, el ruido de una máquina de coser daba ritmo a una canción, un *What shall I do, what shall I do when you'll be gone away*, arrullada por una voz inhábil y fresca.

—Miss —llamó la señora Kampf—, venga aquí.

—Yes, Mrs. Kampf.

La pequeña inglesa, con las mejillas rojas, los dulces ojos asombrados, un moño color miel alrededor de su cabecita redonda, se deslizó por la puerta entreabierta.

—La he contratado —empezó severamente la señora Kampf— para vigilar e instruir a mi hija, ¿verdad? y no para que se haga vestidos... ¿Antoinette no sabe que debe ponerse en pie cuando entra su mamá?

–*Oh! Ann-toinette, how can you?*–dijo la Miss con una suerte de gorjeo entristecido.

Antoinette se había puesto de pie y se mantenía en un torpe equilibrio sobre una pierna. Era una jovencita alta y plana de catorce años, con la cara pálida típica de esa edad, y tan descarnada que parecía, a los ojos de los adultos, una mancha redonda y clara, sin rasgos, con los párpados bajos, ojerosos y una pequeña boca cerrada... Catorce años, senos que ya pujaban bajo el estrecho vestido de colegiala, lesionando y estorbando el cuerpo frágil, todavía infantil... los pies grandes y dos largos palos rematados en manos rojas, de dedos manchados de tinta, que tal vez algún día ¿quién sabe? se convertirían en los brazos más bellos del mundo; una nuca frágil y unos cabellos cortos, sin color, secos y finos...

–Comprenderás, Antoinette, que tus modales son como para desesperarse, pobre hija mía... Siéntate. Voy a volver a entrar y tú me harás el favor de levantarte de inmediato, ¿entiendes?

La señora Kampf retrocedió unos pasos, salió y abrió por segunda vez la puerta. Antoinette se levantó con una lentitud desganada, tan evidente que su madre apretó los labios con aire amenazador:

–¿Le molesta, por casualidad, a la señorita?

–No, mamá –dijo Antoinette en voz baja.

–Entonces ¿por qué pones esa cara?

Antoinette sonrió con una especie de esfuerzo flojo y penoso que deformó dolorosamente sus rasgos. A veces odiaba tanto a las personas mayores que le hubiera gustado matarlas, desfigurarlas, o ponerse a gritar: «No, tú me fastidias», golpeando el suelo con el pie; pero temía a sus padres desde muy niña. En otro

tiempo, cuando era más pequeña, su madre la sentaba sobre las rodillas, la apretaba contra su pecho, la acariciaba y la abrazaba. Pero eso Antoinette lo había olvidado. En cambio, había guardado en lo más profundo de sí misma el sonido, los estallidos de una voz irritada pasando por encima de su cabeza, «esta niña que está siempre encima de mí», «¡otra vez me has manchado el vestido con los zapatos sucios!, al rincón, así aprenderás, ¿me has oído?, ¡pequeña estúpida!». Y un día... por primera vez, un día había deseado morir... fue en una esquina, en medio de una de esas escenas, una frase furiosa, gritada con tal fuerza que los que pasaban habían vuelto la cabeza: «¿Quieres que te dé una cachetada? ¿Sí?», y el ardor de una bofetada. En plena calle. Tenía once años y era alta para su edad. La gente que pasaba, las personas mayores, no importaban nada. Pero en el mismo instante unos chicos salían del colegio y se habían reído al verla. «Eh, qué bien, mi vieja». ¡Oh!, aquellas risas burlonas la habían perseguido mientras caminaba, con la cabeza baja, por la oscura calle de otoño... las luces danzaban a través de sus lágrimas. «¿Aún no has terminado de lloriquear? ¡Oh, qué carácter! Cuando te corrijo, es por tu bien, ¿verdad? ¡Ah!, y además, no me vuelvas a poner nerviosa, te lo aconsejo». Mala gente... Y ahora, todavía, expresamente para atormentarla, para torturarla y humillarla, de la mañana a la noche se ensañaban con ella: «¿Qué manera es esa de agarrar el tenedor?» (delante del criado, Dios mío), o «ponte derecha; al menos que no parezcas jorobada». Tenía catorce años, era una jovencita y, en sus sueños, una mujer bella y amada... Los hombres la acariciaban,

la admiraban, como André Sperelli acaricia a Hélène y Marie, y Julien de Suberceaux a Maud de Rouvre, en los libros... El amor... Se estremeció. Su madre acababa:

—... Y si crees que le pago a una inglesa para que tengas esos modales, te equivocas, niña... —Y bajando la voz, mientras le apartaba un mechón de la frente agregó—: Siempre te olvidas de que ahora somos ricos, Antoinette... —Se volvió hacia la inglesa—: Miss, tengo muchos encargos para usted esta semana. Daré un baile el día quince.

—Un baile —murmuró Antoinette abriendo grandes los ojos.

—Pues sí —dijo la señora Kampf, sonriendo— un baile... —Miró a su hija con expresión de orgullo, luego señaló a la inglesa a escondidas, frunciendo las cejas—. Al menos no le habrás comentado nada, espero.

—No, mamá, no —se apresuró a decir Antoinette.

Conocía esa preocupación constante de su madre. Al comienzo —hacía dos años de eso—, cuando habían dejado la vieja rue Favart tras el genial golpe en la Bolsa de Alfred Kampf, con la baja del franco primero y de la libra después en 1926, cuando se habían hecho ricos, todas las mañanas Antoinette era llamada a la habitación de sus padres; su madre, todavía en la cama, se limaba las uñas; en el *toilette* contiguo, su padre, un pequeño y enjuto judío de ojos ardientes, se afeitaba, se lavaba, se vestía con la exagerada rapidez de todos sus gestos, que en otro tiempo le había valido el apodo de «Feuer» entre sus camaradas, los judíos alemanes, en la Bolsa. Allí había estado estancado, en los grandes movimientos de la Bolsa, durante años...

Antoinette sabía que antes había sido empleado del Banco de París, y en un pasado aún más lejano, botones en la puerta del banco, vestido con una librea azul. Un poco antes de nacer Antoinette, se había casado con su amante, la señorita Rosine, la dactilógrafa del dueño. Durante once años habían vivido en un pequeño apartamento oscuro, detrás de la Ópera Cómica. Antoinette recordaba cómo pasaba en limpio sus deberes por la noche, en la mesa del comedor, mientras la criada lavaba la vajilla con estrépito en la cocina y Mme. Kampf leía novelas, acodada bajo la lámpara, una grande con un globo de vidrio esmerilado en el que brillaba el vivo chorro del gas. A veces la señora Kampf emitía un profundo suspiro irritado, tan fuerte y brusco que Antoinette daba un respingo en la silla. El padre preguntaba: «¿Qué te pasa ahora?», y Rosine respondía: «Me duele el corazón de pensar que hay gente que vive bien y es feliz, mientras que yo me paso los mejores años de mi vida en este sucio agujero zurciéndote los calcetines...».

Kampf se encogía de hombros sin decir nada. Entonces, la mayoría de las veces, Rosine se volvía hacia Antoinette. «Y tú, ¿qué estás escuchando? ¿Te interesa lo que dicen los mayores?», gritaba de mal humor. Luego terminaba: «Sí, anda, hija mía, si esperas que tu padre haga fortuna como promete desde que nos casamos, ya puedes esperar sentada, que va a pasar mucha agua bajo los puentes. Te harás mayor y estarás aquí, como tu pobre madre, esperando...». Y cuando decía esa palabra, «esperando», pasaba por sus facciones duras, tensas, hurañas, cierta expresión patética, profunda, que conmovía a Antoinette a su

pesar y a menudo le hacía acercar instintivamente los labios a la mejilla materna.

«Mi pobre pequeña», decía entonces Rosine acariciándole la frente. Pero una vez exclamó: «¡Ah! Déjame tranquila, me irritas; mira que puedes ser pesada, tú también», y nunca más Antoinette volvió a darle otros besos que los de la mañana y la noche, esos que padres e hijos intercambian sin pensar, como apretones de manos entre dos desconocidos.

Y después, un buen día se hicieron ricos de golpe y ella nunca había llegado a entender muy bien cómo había sido. Se habían mudado a un gran apartamento blanco, y su madre se había hecho teñir el pelo de un bonito dorado completamente nuevo. Antoinette lanzaba miradas asustadas a aquella cabellera resplandeciente que no reconocía.

—Antoinette —ordenaba la señora Kampf—, repite conmigo. ¿Qué tienes que responder cuando te pregunten dónde vivíamos el año pasado?

—Eres una estúpida —decía Kampf desde el cuarto de al lado—, ¿con quién quieres que hable la niña? No conoce a nadie.

—Yo sé lo que digo —respondía Mme. Kampf alzando la voz—. ¿Y los criados?

—Si la veo diciéndoles a los criados una sola palabra, tendrá que vérselas conmigo, ¿me oyes, Antoinette? Ella ya sabe que tiene que callarse y aprenderse sus lecciones, y eso es todo. No se le pide nada más... —Y volviéndose hacia su mujer—: No es imbécil, ¿sabes?

Pero en cuanto él se iba, la señora Kampf volvía a empezar:

—Si te preguntan alguna cosa, Antoinette, dirás que vivíamos en el Midi todo el año. No es necesario que digas si era Cannes o Niza, di solamente el Midi... a

menos que te lo pregunten; entonces, es mejor que digas Cannes, es más distinguido... Pero naturalmente, tu padre tiene razón, sobre todo debes estar callada. Una niña debe hablar lo menos posible con los mayores.

Y la echaba con un gesto de su hermoso brazo desnudo, que había engordado un poco, en el que brillaba el brazalete de diamantes que su marido le acababa de regalar y que no se quitaba más que para bañarse. Antoinette recordaba todo eso vagamente, mientras su madre le preguntaba a la inglesa:

—¿Antoinette tiene una letra bonita, al menos?

—*Yes, Mrs. Kampf.*

—¿Por qué? —preguntó la aludida, tímidamente.

—Porque —explicó la señora Kampf— si es así podrás ayudarme esta noche a escribir los sobres. Voy a enviar cerca de doscientas invitaciones, ¿comprendes? No podría hacerlo yo sola... Miss Betty, autorizo a Antoinette a acostarse hoy una hora más tarde de lo habitual... Espero que estés contenta —añadió volviéndose hacia su hija.

Pero como Antoinette callaba, sumida de nuevo en sus ensoñaciones, la señora Kampf se encogió de hombros.

—Está siempre en la luna, esta niña —comentó a media voz—. Un baile, ¿no te sientes orgullosa al pensar que tus padres darán un baile? No eres muy empeñosa, me temo, pobre hija mía —concluyó con un suspiro, mientras abandonaba la habitación.

2

Aquella noche, Antoinette, que solía acostarse a las nueve, llevada por la inglesa, se quedó en el salón con sus padres. Entraba allí tan pocas veces que observó con

atención los artesonados blancos y los muebles dorados, como cuando visitaba una casa desconocida. Su madre le mostró un pequeño velador donde había tinta, plumas y un paquete de cartas y sobres.

—Siéntate aquí. Voy a dictarte las direcciones. ¿Viene usted, mi querido? —dijo en voz alta a su marido, ya que el criado estaba levantando la mesa en la habitación contigua. Desde hacía varios meses, en su presencia los Kampf se trataban de «usted».

Cuando el señor Kampf estuvo cerca, Rosine murmuró:

—Despide al criado, ¿quieres? Me molesta... —Pero al sorprender la mirada de Antoinette, se sonrojó y ordenó enérgicamente:

—A ver, Georges, ¿va a acabar de una vez? Arregle lo que falte y ya puede subir..

A continuación, los tres se quedaron en silencio, quietos en sus sillas. Cuando el sirviente salió, la señora Kampf dejó escapar un suspiro.

—En fin, detesto a ese Georges, no sé por qué. Cuando sirve la mesa y lo siento a mis espaldas, me quita el apetito... ¿De qué te ríes como una tonta, Antoinette? Vamos, a trabajar. ¿Tienes la lista de invitados, Alfred?

—Sí —respondió Kampf—, pero espera que me saque la chaqueta, tengo calor.

—Sobre todo —dijo su mujer—, no se te ocurra dejarla aquí como la otra vez... Vi en la cara de Georges y Lucie que les parecía raro que estuvieras en mangas de camisa en el salón...

—Me importa un bledo la opinión de los sirvientes —masculló Kampf.

–Estás equivocado, amigo mío, son ellos los que fundan las reputaciones, yendo de una casa a otra y haciendo comentarios... Jamás me habría enterado de que la baronesa del tercer... –bajó la voz y susurró unas palabras que Antoinette no llegó a oír, pese a sus esfuerzos– ...si no fuera por Lucie, que estuvo en su casa tres años.

Kampf sacó de su bolsillo una hoja de papel llena de nombres y tachaduras.

–Empezaremos por la gente a la que conozco, ¿verdad, Rosine? Escribe, Antoinette: el señor y la señora Banyuls. No sé la dirección; tienes el anuario a mano, y buscarás a medida que...

–Son muy ricos, ¿verdad? –murmuró Rosine, con respeto.

–Muy.

–¿Tú crees que querrán venir? No conozco a la señora Banyuls.

–Yo tampoco. Pero tengo con el marido una relación de negocios, eso es suficiente... Al parecer su mujer es encantadora, y además no la reciben mucho en su círculo, después de que estuvo mezclada en aquel asunto... ya sabes, las famosas orgías del Bois de Boulogne, hace dos años.

–Alfred, por favor, la niña...

–Pero si ella no entiende. Escribe, Antoinette... A pesar de todo, es una mujer muy distinguida, para empezar...

–No te olvides de los Ostier –dijo vivamente Rosine–; parece que dan unas fiestas espléndidas...

–El señor y la señora Ostier d'Arrachon, con dos erres, Antoinette... De estos, querida, no respondo. Son

muy remilgados, muy... Parece que la mujer fue... –Hizo un gesto.

–¿En serio?

–Sí. Conozco a alguien que en otro tiempo la veía con frecuencia en un burdel cerca de Marsella... Sí, sí, te lo aseguro... Pero hace mucho tiempo de eso, casi veinte años; el matrimonio la ha refinado completamente, recibe a gente muy distinguida, y para las relaciones es extremadamente exigente... Por regla general, al cabo de diez años, todas las mujeres que han corrido mucho acaban siendo así.

–Dios mío –suspiró la señora Kampf–, qué difícil es...

–Es preciso seguir un método, mi querida. Para la primera recepción, la mayor cantidad de gente, cuantas más caras mejor. Solo en la segunda o la tercera se puede empezar a elegir. Esta vez hay que invitar a todo el mundo.

–Pero si al menos estuviéramos seguros de que vendrán todos... Si alguien rechazara la invitación, creo que me moriría de vergüenza.

Kampf rio silenciosamente con una mueca.

–Si alguien rechaza la invitación, lo invitarás de nuevo la próxima vez, y de nuevo la siguiente... ¿Quieres que te diga algo? En el fondo, para avanzar en el mundo no hay más que seguir al pie de la letra la moral del Evangelio.

–¿Cuál?

–Si te dan una bofetada, pon la otra mejilla... El mundo es la mejor escuela de humildad cristiana.

–Me pregunto –dijo la señora Kampf vagamente sorprendida– de dónde sacas todas esas tonterías, amigo mío.

Kampf sonrió.

–Vamos, vamos, continuemos... En este papel, Antoinette, hay unas cuantas direcciones, solo tendrás que copiarlas.

La señora Kampf se inclinó sobre el hombro de su hija, que escribía sin levantar la frente:

–Es verdad que tiene una letra muy linda, muy formada... Dime, Alfred, ¿el señor Julien Nassan no es aquel que estuvo preso por un asunto de fraude?

–¿Nassan? Sí.

–¡Ah! –murmuró Rosine, un poco impresionada.

–Pero ¿con qué sales ahora? –dijo Kampf–. Fue rehabilitado, lo reciben en todas partes, es un muchacho encantador y sobre todo un hombre de negocios de primera categoría...

–Señor Julien Nassan, avenida Hoche, número 23 bis –releyó Antoinette–. ¿Y después, papá?

–No hay más que veinticinco –gimió la señora Kampf–. Jamás vamos a encontrar doscientas personas, Alfred...

–Pero sí, claro que sí, no empieces a ponerte nerviosa. ¿Dónde está tu lista? Todas las personas que conociste en Niza, en Deauville, en Chamonix el año pasado...

La señora Kampf tomó un cuaderno de notas que había sobre la mesa.

–El conde Moïssi, el señor, la señora y la señorita Lévy de Brunelleschi y el marqués de Itcharra: es el gigoló de la señora Lévy, siempre los invitan juntos...

–¿Hay un marido al menos? –preguntó Kampf con aire dubitativo.

—Por supuesto, son personas muy bien. Hay además unos marqueses, ¿sabes?, hay cinco... El marqués de Liguès y Hermosa, el marqués... Dime, Alfred, ¿hay que usar el título cuando se habla con ellos? Creo que es mejor, ¿no? Nada de señor marqués como los criados, naturalmente, sino: querido marqués, mi querida condesa... sin eso, los demás no se darían cuenta de que recibimos a gente con título.

—Si pudiéramos pegarles una etiqueta en la espalda, eh, ¿te gustaría?

—¡Oh!, tú y tus bromas idiotas... Vamos, Antoinette, apúrate a copiar todo eso, hijita.

Antoinette escribió un poco más y luego leyó en voz alta:

—El barón y la baronesa Levinstein-Lévy, el conde y la condesa du Poirier...

—Son Abraham y Rebecca Birnbaum, que han comprado ese título. Es una idiotez, ¿no?, hacerse llamar du Poirier... En cuanto a mí, yo... —Se sumió en una profunda ensoñación—. Conde y condesa Kampf, simplemente —murmuró—, no suena mal.

—Espera un poco —le aconsejó Kampf—. No antes de diez años...

Rosine se puso a elegir tarjetas de visita lanzadas en desorden a una copa de malaquita adornada con dragones chinos de bronce dorado.

—De todas maneras, me gustaría saber quiénes son estas personas —murmuró—. Son unas tarjetas que recibí en Año Nuevo... Hay un montón de gigolós que conocí en Deauville...

—La mayor cantidad posible, sirven para hacer bulto, y si van vestidos adecuadamente...

–Oh, querido, déjate de bromas, son todos condes, marqueses, vizcondes por lo menos. Pero no consigo juntar las caras con los nombres... todos se parecen. Aunque eso no importa en el fondo; ¿viste cómo lo hacían en casa de los Rothwan de Fiesque? Se dice a todo el mundo la misma frase exactamente: «Estoy tan feliz de...», y luego, si te ves obligada a presentar a dos personas, se farfullan los nombres... nunca se entiende nada... Mira, Antoinette, hija mía, la tarea es bien sencilla, las direcciones están en las tarjetas.

–Pero, mamá –interrumpió Antoinette–, esta tarjeta es del tapicero.

–¿Qué estás diciendo? Déjame ver. Sí, ella tiene razón; Dios mío, Dios mío, estoy perdiendo la cabeza, Alfred, te lo aseguro... ¿Cuántas tienes, Antoinette?

–Ciento setenta y dos, mamá.

–¡Ah! ¡Menos mal!

Los Kampf dejaron escapar al unísono un suspiro de satisfacción y se miraron sonriendo como dos actores que entran en escena después de un tercer llamado, con una expresión mezcla de lasitud feliz y de triunfo.

–No va nada mal, ¿eh?

Antoinette preguntó tímidamente:

–La... la señorita Isabelle Cossette, ¿no será *mi* señorita Isabelle?

–Pues sí, claro...

–¡Oh! –exclamó Antoinette–. ¿Por qué la invitas? –Y enrojeció presintiendo el seco «¿y a ti qué te importa?» de su madre; pero la señora Kampf explicó, confundida:

–Es una buena mujer... Hay que ser amables con los demás.

–Es mala como la sarna –protestó Antoinette.

La señorita Isabelle, una prima de los Kampf, profesora de música de varias familias de ricos corredores de Bolsa judíos, era una solterona flaca, envarada y tiesa como un paraguas; le enseñaba a Antoinette piano y solfeo. Excesivamente miope, aunque no usaba jamás lentes pues se envanecía de sus ojos –bastante bonitos– y de sus espesas cejas, pegaba a las partituras su larga nariz carnosa, puntiaguda, azulada por los polvos de arroz, y cuando Antoinette se equivocaba, le golpeaba los dedos con una regla de ébano, plana y dura como ella misma. Era malévola y fisgona como una vieja beata. La víspera de cada clase, Antoinette musitaba con fervor en su oración de la noche (como su padre se había convertido al casarse, a Antoinette la habían educado en la fe católica): «Dios mío, haz que la señorita Isabelle se muera esta noche».

–La niña tiene razón –terció Kampf, sorprendido–; ¿qué te dio por invitar a esa vieja loca? Si no la soportas...

La señora Kampf se encogió de hombros, impaciente:

–¡Ah!, no entiendes nada. ¿Cómo quieres que se entere la familia si no? A ver, dime, ¿ves desde aquí la cara de la tía Loridon que se enojó conmigo porque me había casado con un judío, y la de Julie Lacombe y el tío Martial, todos los de la familia que nos hablaban con aquel tonito protector porque eran más ricos que nosotros, te acuerdas? En fin, es bien simple: si no invitamos a Isabelle, si no estoy segura de que al día siguiente se morirán todos de envidia, ¿no me serviría de nada dar un baile! Escribe, Antoinette.

–¿Se bailará en los dos salones?

–Naturalmente, y en la galería... Ya sabes que nuestra galería es hermosa, y alquilaré suficientes canastos de

flores; verás qué bonito estará todo en la gran galería, con todas esas mujeres vestidas de gala con sus hermosas joyas, y los hombres de etiqueta... En casa de los Lévy de Brunelleschi el espectáculo fue mágico. En el momento de bailar los tangos apagaron la luz eléctrica y solo dejaron encendidas dos grandes lámparas de alabastro en los rincones, con una luz rojiza...

—¡Oh! A mí eso no me gusta demasiado, suena a ambiente de *dancing*.

—Es lo que se hace ahora en todas partes, parece; a las mujeres les encanta dejarse toquetear con música... La cena, naturalmente, en mesas pequeñas.

—¿Un bar, tal vez, para comenzar?

—Es una idea... Hay que animarlos desde que lleguen. Podríamos instalar el bar en la habitación de Antoinette. Ella dormirá en el cuarto de la ropa blanca o en el trastero del final del pasillo, solo será por una noche...

Antoinette se estremeció violentamente. Se puso pálida; murmuró en una voz baja, ahogada:

—¿No podría quedarme al menos un cuartito de hora?

Un baile... Dios mío, Dios mío, ¿sería posible que hubiera, a dos pasos de ella, esa cosa espléndida que ella imaginaba vagamente como una mezcla confusa de loca música, perfumes embriagadores, trajes deslumbrantes y palabras de amor cuchicheadas en un gabinete apartado, oscuro y fresco como una alcoba... y que ella estuviera acostada, como todas las noches, a las nueve, como un bebé...? Quizá los hombres que supieran que los Kampf tenían una hija preguntarían por ella; y su madre respondería con su risita odiosa: «Oh, hace rato que duerme, claro...». Sin embargo, ¿qué podía importarle que también Antoinette tuviera su porción de felicidad en este

mundo? ¡Oh! Dios mío, bailar una vez, una sola vez, con un hermoso vestido, como una auténtica jovencita, ceñida por los brazos de un hombre... Repitió con una especie de audacia desesperada, cerrando los ojos, como si se encañonara el pecho con un revólver cargado:

–Solo un cuartito de hora; dí que sí, mamá.

–¿Qué? –exclamó la señora Kampf estupefacta–. Repítelo...

–Tú te irás al baile de la señora Sábanas blancas –dijo el padre.

La señora Kampf se encogió de hombros:

–Decididamente, creo que esta niña está loca.

Antoinette gritó a voz en cuello, con el rostro demudado:

–¡Te lo suplico, mamá, te lo suplico! Tengo catorce años, mamá, ya no soy una niña... Sé que a los quince años se hace la presentación en sociedad; yo ya aparento quince años, y el año que viene...

Su madre estalló súbitamente.

–¡Eso, eso mismo, magnífico! –exclamó con la voz enronquecida por la cólera–. Esta chiquilla, esta mocosa, venir al baile... ¡habrase visto!... Espera un poco y verás cómo hago que se te pasen todos esos delirios de grandeza, niña... ¡Ah!, ¿y crees que vas a presentarte «en sociedad» el año que viene? ¿Quién te metió esas ideas en la cabeza? Para que sepas, niña, apenas he empezado a vivir yo, ¿entiendes?, yo, y no tengo ninguna intención de complicarme tan pronto con una hija casadera... No sé por qué no te doy un buen tirón de orejas para quitarte esas ideas –añadió en el mismo tono, haciendo un movimiento hacia Antoinette como para hacerlo.

Antoinette retrocedió y palideció aún más; una expresión extraviada y desesperada en sus ojos, despertó en el padre cierta piedad.

—Vamos, déjala—dijo, deteniendo la mano levantada de Rosine—. La niña está cansada y nerviosa, no sabe lo que dice... Vete a la cama, Antoinette.

Ella no se movió, pero su madre la empujó ligeramente por los hombros.

—Vamos, fuera, y sin replicar; pobre de ti si no te vas...

A Antoinette le temblaban los brazos y las piernas, pero se marchó despacio y sin derramar una lágrima.

—Encantadora, la niña—dijo la señora Kampf cuando se fue—. Esto promete... Es verdad que yo era igual a su edad, pero yo no soy como mi pobre madre, que nunca supo negarme nada... Yo la mataría, te lo aseguro.

—Se le pasará durmiendo; estaba cansada. Ya son las once y no está acostumbrada a acostarse tan tarde; eso fue lo que la puso nerviosa... Sigamos con la lista, que es más interesante—dijo Kampf.

3

En medio de la noche, unos sollozos en la habitación de al lado despertaron a miss Betty. Encendió la luz y escuchó un momento a través de la pared. Era la primera vez que oía llorar a la niña; cuando la señora Kampf la regañaba, por lo general Antoinette conseguía tragarse las lágrimas y no decía nada.

—*What's the matter with you, child? Are you ill?*
—preguntó la inglesa.

Los sollozos cesaron de inmediato.

—Supongo que su madre la ha rezongado, es por su bien, Antoinette... Mañana le pedirá perdón, se abrazarán y ya está; pero ahora hay que dormir. ¿Quiere una taza de tilo caliente? ¿No? Al menos podría contestarme, querida —añadió al ver que Antoinette seguía en silencio—. ¡Oh!, *dear, dear*, está muy feo que una señorita se enoje así; se pone triste su ángel de la guarda...

Antoinette hizo una mueca, «sucia inglesa», y tendió hacia la pared sus débiles puños crispados. Sucios egoístas, hipócritas, todos, todos... Les daba exactamente igual que ella se ahogara de tanto llorar en medio de la noche, que se sintiera miserable y sola como un perro perdido...

Nadie la quería, nadie en el mundo... Pero no se daban cuenta, ciegos, imbéciles, que ella era mil veces más inteligente, más refinada, más profunda que todos ellos, esa gente que osaba criarla y educarla. Nuevos ricos groseros, incultos... ¡Ah!, cómo se había reído de ellos durante toda la velada, y ellos no se habían dado cuenta, naturalmente. Podía llorar o reír delante de sus narices y ellos no se dignarían mirarla. Claro, una niña de catorce años, una muchachita, es algo despreciable y bajo, como un perro. Pero ¿con qué derecho la enviaban a acostarse, la castigaban, la injuriaban? «¡Ah!, ojalá se murieran». Al otro lado de la pared se oía a la inglesa respirar suavemente mientras dormía. De nuevo Antoinette se echó a llorar, pero más bajo, saboreando las lágrimas que se colaban por las comisuras de la boca; bruscamente un extraño placer la invadió: por primera vez en su vida lloraba así, sin muecas, ni hipos, silenciosamente, como una mujer... Más tarde derramaría, por amor, las mismas lágrimas... Durante un largo instante oyó los sollozos batiendo en su pecho como el oleaje

profundo y bajo del mar, la boca bañada por lágrimas que sabían a agua salada... Encendió la lámpara y se miró en el espejo con curiosidad. Tenía los párpados hinchados, las mejillas enrojecidas, amoratadas, como una niña golpeada. Estaba fea, fea... Volvió a sollozar.

«Quiero morirme. Dios mío, haz que me muera... Dios mío, mi Virgen Santa, ¿por qué me hicieron nacer entre ellos? Castíguenlos, se los suplico. Castíguenlos una vez, para que yo pueda morir en paz».

Se interrumpió y de pronto dijo en voz alta:

—Pero sin duda son todos cuentos, el buen Dios, la Virgen, cuentos como los padres buenos de los libros y la infancia feliz...

¡Ah!, sí, la edad feliz, ¡qué broma, ¿eh?, qué broma! Y repetía con rabia, mordiéndose las manos con tanta fuerza que las notaba sangrar bajo sus dientes:

—Feliz... feliz... Preferiría estar muerta y enterrada.

La esclavitud, la prisión, repetir día tras día los mismos gestos a las mismas horas... Levantarse, vestirse... los vestidos oscuros, los gruesos botines, las medias de lana, adrede, adrede vestida como una criada, para que nadie en la calle siga con la mirada, ni siquiera por un momento, a esta muchachita insignificante... Imbéciles, jamás volverán a ver esta piel joven y estos párpados lisos, intactos, frescos y ojerosos, y estos bellos ojos asombrados, desvergonzados, que llaman, ignoran, esperan... Jamás, nunca jamás... Esperar... y estos deseos malignos... ¿Por qué esta envidia vergonzosa, desesperada, que roe el corazón al ver pasar a dos enamorados en el crepúsculo, que caminan abrazados y titubean suavemente, como mareados...? ¿Un odio de solterona a los catorce años?

Sin embargo, ella sabe que le llegará su momento; pero tarda demasiado, nunca llega... y mientras tanto, la vida estricta, humillada, las lecciones, la dura disciplina, la madre que grita...

«¡Esa mujer, esa mujer que ha osado amenazarme!», pensó, y dijo en voz alta:

–Ella no se habría atrevido...

Pero recordaba la mano levantada.

«Si me hubiera tocado la habría arañado, la habría mordido, y luego... siempre podría haberme escapado... para siempre... la ventana», pensó. Y se vio en la acera, tendida, ensangrentada... Sin el baile de los quince... Dirían: «La niña no podía elegir otro día para matarse». Como había dicho su madre: «Yo quiero vivir yo, yo...». Tal vez, en el fondo, eso le hacía más daño aun que todo lo demás. Antoinette nunca había visto en los ojos maternos aquella fría mirada de mujer, de enemiga...

«Sucios egoístas; soy yo la que quiere vivir, yo, yo; yo soy joven... yo. Me están robando, me roban mi parte de felicidad en la tierra... ¡Oh! ¡Entrar en ese baile por milagro, y ser la más bella, la más deslumbrante, con los hombres a mis pies!».

Susurró:

–¿La conocen? Es la señorita Kampf. La suya quizá no sea una belleza regular, si quieren, pero posee un extraordinario encanto, y es tan fina... Eclipsa a todas las demás, ¿verdad? En cuanto a su madre, a su lado parece una cocinera.

Apoyó la cabeza en la almohada húmeda de lágrimas y cerró los ojos; una especie de molicie y de laxa voluptuosidad distendió lentamente sus cansados miembros. Se tocó el cuerpo a través del camisón, con

dedos ligeros, suavemente, respetuosamente... Un bello cuerpo preparado para el amor...

—Quince años, oh Romeo, la edad de Julieta... —murmuró.

Cuando tuviera quince años, el sabor del mundo habría cambiado...

4

Al día siguiente, la señora Kampf no le dijo nada a Antoinette sobre la escena de la víspera; pero durante todo el tiempo del desayuno se dedicó a hacerle notar su mal humor mediante una serie de reprimendas breves, en las que era excelente cuando estaba enojada.

—¿En qué sueñas con ese labio colgando? Cierra la boca y respira por la nariz. Qué agradable para unos padres, una hija que está siempre en las nubes... Pon atención, ¿qué manera de comer es esa? Apuesto a que has manchado el mantel... ¿A tu edad no sabes comer como es debido? Y no muevas las aletas de la nariz, por favor, niña... Tienes que aprender a escuchar las observaciones sin poner esa cara... ¿No te dignas contestar? ¿Te has tragado la lengua? Vaya, y ahora lágrimas —se levantó y arrojó la servilleta sobre la mesa—. Mira, prefiero irme antes que ver esa cara delante de mí, pequeña tonta.

Salió dando un brusco empujón a la puerta; Antoinette y la inglesa se quedaron solas frente al plato a medio comer.

—Acabe el postre, señorita —susurró la Miss— o llegará tarde a su clase de alemán.

Con mano temblorosa, Antoinette se llevó a la boca un gajo de la naranja que acababa de pelar. Se esforzó en comer lentamente, con serenidad, para que el criado,

inmóvil detrás de su silla, la creyera indiferente a aquellos chillidos y despreciara a «aquella mujer»; pero, a su pesar, las lágrimas se escaparon de sus párpados hinchados y rodaron redondas y brillantes sobre su vestido.

Un poco más tarde, la señora Kampf entró en la sala de estudio; llevaba en la mano el paquete de invitaciones preparadas.

—¿Vas a clase de piano después de la merienda, Antoinette? Entrégale su sobre a Isabelle, y usted eche el resto al correo, miss.

—*Yes, Mrs. Kampf.*

La oficina de correos estaba llena de gente; miss Betty miró la hora:

—Oh... no tenemos tiempo, es tarde ya, pasará por correos mientras usted esté en clase, querida —dijo, desviando los ojos y con las mejillas más arreboladas aún que de costumbre—: A usted le... le da lo mismo, ¿verdad, querida?

—Sí —murmuró Antoinette.

No dijo nada más, pero cuando miss Betty, recomendándole que se diera prisa, la dejó delante de la casa de la señorita Isabelle, esperó un instante escondida en el hueco de la puerta cochera y vio a la inglesa dirigirse rápidamente hacia un taxi estacionado en la esquina. El auto pasó muy cerca de Antoinette, que se puso en puntas de pie para atisbar dentro con curiosidad y temor, pero no distinguió nada. Permaneció inmóvil un momento más, siguiendo con la vista el taxi que se alejaba.

«Ya me parecía que tenía un enamorado. Seguro que ahora se están abrazando como hacen en los libros... ¿Él le dice “te amo”? ¿Y ella? ¿Es... su amante?», pensó con cierta vergüenza y una violenta sensación de asco,

mezcladas con un sufrimiento oscuro: «Libre, sola con un hombre... qué feliz se sentirá... Irán al Bois, sin duda. Ojalá mamá los viera... ¡Ah, cuánto me gustaría! –murmuró apretando los puños–. Pero no, los enamorados suelen tener suerte, son felices, están juntos, se abrazan... El mundo entero está lleno de hombres y mujeres que se aman... ¿Por qué yo no?».

La cartera de colegiala se balanceaba colgada de su mano. La miró con odio, después suspiró, giró lentamente sobre sus talones y atravesó el patio. Llegaba tarde. La señorita Isabelle diría: «¿No te han enseñado que la puntualidad es el primer deber de una niña bien educada para con sus profesores, Antoinette?».

«Es tonta, es vieja y es fea...», pensó con exasperación.

En voz alta, hilvanó:

–Buenos días, señorita. Fue mamá la que me retuvo, no es culpa mía, y me ha dicho que le entregue esto... –. Al tender el sobre, añadió con repentina inspiración: Y le pide que me deje marchar cinco minutos antes que de costumbre...

Así tal vez pudiera ver regresar a la miss acompañada.

Pero la señorita Isabelle no la escuchaba. Leía la invitación de la señora Kampf. Antoinette vio cómo enrojecían de súbito sus largas mejillas secas y morenas.

–¿Cómo? ¿Un baile? ¿Tu madre ofrece un baile?

Hizo girar la tarjeta entre los dedos un par de veces y luego se la pasó por el dorso de la mano. ¿Estaba grabada o meramente impresa? Eran por lo menos cuarenta francos de diferencia... Reconoció también el grabado al tacto y se encogió de hombros con regocijo. Esos Kampf

habían sido siempre de una vanidad y una prodigalidad locas. Antes, cuando Rosine trabajaba en el Banco de París (¡y no hacía tanto tiempo de eso, mi Dios!) se gastaba el sueldo entero en ropa. Llevaba lencería de seda y guantes nuevos cada semana. Iba a las casas de citas, sin duda, pues solo esa clase de mujeres tenían suerte... Las demás...

–Tu madre siempre ha tenido suerte... –murmuró con amargura.

«Está rabiosa», se dijo Antoinette, y preguntó con una pequeña mueca maliciosa:

–Pero asistirá usted seguramente, ¿verdad?

–Te diré que haré lo imposible porque tengo muchas ganas de ver a tu madre –respondió la señorita Isabelle–, pero aún no sé si podré... Unos amigos, padres de una alumna mía, los Gros (Aristide Gros, el antiguo jefe de gabinete, seguramente tu padre habrá oído hablar de él, los conozco desde hace años), me han invitado al teatro, y me he comprometido formalmente a ir con ellos, ¿comprendes?... En fin, procuraré solucionarlo –concluyó sin demasiada precisión–, pero en todo caso dile a tu madre que estaré encantada, feliz, de pasar un rato con ella...

–Bien, señorita.

–Y ahora a trabajar, vamos, siéntate...

Antoinette hizo girar lentamente el taburete de felpa delante del piano. Habría podido dibujar de memoria las manchas, los agujeros en la tela... Inició sus escalas. Dirigió la mirada con resignada aplicación hacia un jarrón amarillo que había sobre la chimenea, negro de polvo por dentro. Nunca una flor... Y aquellas horribles cajitas de caracoles en los estantes... Qué feo, qué mi-

serable y siniestro era aquel apartamentito oscuro al que la llevaban desde hacía años.

Mientras la señorita Isabelle colocaba las partituras, ella volvió furtivamente la cabeza hacia la ventana. (Debía de hacer un tiempo espléndido en el Bois, en el crepúsculo, con esos árboles desnudos, tan delicados del invierno, y ese cielo blanco como una perla...). Tres veces por semana, todas las semanas, desde hacía seis años... ¿Esto tendría que durar hasta que ella muriera?

—Antoinette, Antoinette, ¿cómo pones las manos? Vuelve a empezar, por favor... ¿Habrá mucha gente en el baile?

—Creo que mamá ha invitado a doscientas personas.

—¡Ah! ¿Cree que habrá suficiente lugar? ¿No teme que haga demasiado calor, que estén demasiado estrechos? Toca más fuerte, Antoinette, con brío; tienes la mano izquierda blanda, niña... Para la próxima clase esta escala, y el ejercicio dieciocho del tercer libro de Czerny.

Las escalas, los ejercicios, durante meses y meses: *La muerte de Ase*, las *Canciones sin palabras*, de Mendelssohn, la barcarola de *Los cuentos de Hoffmann*... Y bajo sus dedos rígidos de colegiala, todo eso se fundía en una especie de clamor informe y ruidoso.

La señorita Isabelle marcaba con fuerza el compás con un cuaderno de notas enrollado en la mano.

—¿Por qué apoyas así los dedos sobre las teclas? *Staccato, stacatto*... ¿Crees que no veo cómo pones el anular y el meñique? ¿Doscientas personas, dices? ¿Los conoces a todos?

—No.

—¿Tu madre va a ponerse su nuevo vestido rosa de Premet?

—...

—¿Y tú? Asistirás, supongo. ¡Ya eres grande!

—No lo sé —murmuró Antoinette con un doloroso temblor.

—Más rápido, más rápido... Este movimiento se ha de tocar así. Uno, dos, uno, dos, uno, dos... Vamos, ¿estás dormida, Antoinette? La suite, niña...

La suite... ese pasaje erizado de sostenidos donde uno tropieza a cada momento. En el apartamento vecino llora un niño pequeño... La señorita Isabelle ha prendido la lámpara... Afuera, el cielo se ha oscurecido, desdibujado... El reloj de péndulo toca cuatro veces... Otra hora perdida, hundida, que se ha escurrido entre los dedos como el agua y que no volverá... «Me gustaría irme muy lejos o bien morir...».

—¿Estás cansada, Antoinette? ¿Ya? A tu edad yo tocaba seis horas por día... Espera un poco, no corras tan rápido, qué apurada estás... ¿A qué hora debo ir el día quince?

—Está escrito en la tarjeta. A las diez.

—Muy bien. Pero a ti te veré antes.

—Sí, señorita...

Afuera, la calle estaba vacía. Antoinette se pegó contra el muro y esperó. Al cabo de un instante reconoció los pasos de miss Betty, que se acercaba presurosa del brazo de un hombre. Antoinette se lanzó hacia adelante y tropezó frente a las piernas de la pareja. Miss Betty soltó un gritito.

—Oh, miss, hace un cuarto de hora largo que la estoy esperando...

Como en un relámpago tuvo bajo los ojos la cara de la Miss, tan desencajada que vaciló, como si no la

reconociera. Pero no vio la boquita lastimosa, abierta, machucada como una flor forzada; miraba ávidamente «al hombre».

Era un hombre muy joven. Un estudiante. Un colegial quizá, con un tierno labio inflamado por los primeros cortes de navaja y unos lindos ojos llenos de descaro. Estaba fumando. Mientras la miss balbuceaba unas excusas, él dijo tranquilamente en voz alta:

–Preséntame, prima.

–Mi primo, Ann-toinette –resopló miss Betty.

Antoinette le tendió la mano. El muchacho se rio un poco, calló; luego pareció reflexionar y finalmente propuso:

–Las acompaño, ¿no?

Los tres bajaron en silencio por la callecita oscura y vacía. El viento soplaba sobre la cara de Antoinette un aire frío, húmedo de lluvia, como empañado de lágrimas. Aminoró el paso, miró a los enamorados que caminaban delante de ella sin decir nada, apretados el uno contra el otro. Qué presurosos iban... Antoinette se detuvo. Ellos no volvieron siquiera la cabeza. «Si me atropellara un coche, ¿lo oirían al menos?», pensó con una singular amargura. Un hombre que pasaba se topó con ella. Antoinette hizo un movimiento hacia atrás, asustada. Pero no era más que el farolero; observó cómo iba tocando una a una las farolas con su larga pértiga y estas se encendían súbitamente en medio de la noche. Todas aquellas luces que parpadeaban y vacilaban como velas al viento... De pronto tuvo miedo y echó a correr a toda prisa.

Alcanzó a los enamorados delante del puente de Alejandro III. Se hablaban apurados, muy quedo, juntas las caras. Al divisar a Antoinette, el muchacho hizo un

gesto de impaciencia. Miss Betty se turbó por un instante; después, impulsada por una repentina inspiración, abrió su bolso y sacó el paquete de sobres.

—Tenga, querida, aquí están las invitaciones de su madre, que aún no he echado al correo... Vaya corriendo a ese pequeño estanco, allí, en aquella calle a la izquierda. ¿Ve la luz? Échelas en el buzón. Nosotros la esperamos aquí.

Depositó el paquete en manos de Antoinette y se alejó precipitadamente. En medio del puente, Antoinette la vio detenerse una vez más y esperar al muchacho con la cabeza gacha. Se apoyaron en el parapeto.

Antoinette no se había movido. A causa de la oscuridad solo veía dos sombras borrosas y alrededor el Sena negro y lleno de reflejos. Incluso cuando se besaron adivinó más que vio la flexión, una especie de blanda caída de un rostro contra el otro, pero se retorció las manos como una mujer celosa. Con el movimiento que hizo, un sobre se le escapó y cayó al suelo. Tuvo miedo y se apresuró a recogerlo, y en el mismo instante se avergonzó de ese miedo. ¿Qué, siempre temblando como una niña? No era digna de ser una mujer. ¿Y esos dos que seguían besándose? No habían separado los labios... La embargó una especie de vértigo, una necesidad salvaje de desafío y de hacer daño. Con los dientes apretados, agarró los sobres y los estrujó, los rompió y los lanzó todos juntos al Sena. Con el corazón ensanchado, los contempló flotar contra el arco del puente. Luego, el viento acabó por llevárselos río abajo.

5

Antoinette volvía de pasear con la miss; eran cerca de las seis de la tarde. Como nadie respondió al timbre, miss Betty golpeó con las manos. Al otro lado de la puerta se oía un ruido de muebles arrastrados.

—Deben de estar preparando el guardarropa —dijo la inglesa—. El baile es esta noche; a mí se me olvida siempre, ¿y a usted, querida?

Sonrió a Antoinette con un aire de complicidad tímido y afectuoso. Aunque no había vuelto a verse con su joven amante en presencia de la niña, desde aquel encuentro Antoinette se mostraba tan taciturna que inquietaba a la miss con su silencio y sus miradas.

El criado abrió la puerta.

Inmediatamente la señora Kampf, que supervisaba al electricista en el comedor, se abalanzó sobre ellas:

—¿No podían entrar por la escalera de servicio, verdad? —les recriminó con un tono furioso—. Ya ven que se están poniendo los guardarropas en la antecámara. Ahora está todo por hacer, no vamos a acabar nunca —añadió mientras levantaba una mesa para ayudar al portero y a Georges en el arreglo de la estancia.

En el comedor y la larga galería contigua, seis camareros de chaqueta blanca disponían las mesas para la cena. En medio estaba el aparador preparado y adornado con flores llamativas.

Antoinette quiso entrar en su habitación, pero su madre volvió a gritar:

—¡Por ahí no!, no entres ahí... En tu habitación está el bar, y la suya también está ocupada, miss; usted dormirá en el cuarto de la ropa blanca esta noche, y tú, Antoinette, en el trastero del fondo. Allí podrás dormir sin siquiera

oír la música... ¿Qué hace? –le dijo al electricista, que trabajaba sin prisas y canturreando–. Es evidente que la bombilla no funciona.

–Eh, se necesita tiempo, señora mía...

Rosine se encogió de hombros con irritación:

–Tiempo, tiempo; ya hace una hora que está con eso –refunfuñó a media voz. Se estrujaba las manos con un gesto tan idéntico al de Antoinette cuando estaba enojada, que la muchacha, inmóvil en el umbral, se sobresaltó como cuando se encuentra uno de golpe ante un espejo.

La señora Kampf llevaba una bata y los pies desnudos metidos en unas pantuflas; sus cabellos despeinados se retorcían como serpientes alrededor de su rostro encendido. Vio al florista que, con los brazos llenos de rosas, se esforzaba en pasar por delante de Antoinette, pegada a la pared.

–Perdón, señorita.

–¡Vamos, muévete, vamos! –la urgió la madre, tan bruscamente que, al retroceder, Antoinette chocó contra el brazo del hombre y deshojó una rosa–. ¡Mira que eres insoportable! –exclamó Rosine, con un tono tan fuerte que hizo tintinear la cristalería que había en la mesa–. ¿Qué haces aquí, tropezando con la gente y estorbando a todo el mundo? Vete, ve a tu habitación; no, a tu habitación no, al cuarto de la ropa blanca, o donde quieras; ¡pero que no te vea ni te oiga!

Antoinette desapareció; la señora Kampf cruzó de prisa el comedor y la antecocina, atestada de cubos para enfriar el champán llenos de hielo, y llegó al despacho de su marido. Kampf hablaba por teléfono. Ella esperó a duras penas a que colgara y rápidamente exclamó:

–Pero ¿qué haces, no te has afeitado?

—¿A las seis? ¡Estás loca!

—Para empezar, son las seis y media, y después puede que haya que hacer alguna compra en el último minuto; más vale ser prevenido.

—Estás loca —repitió él con impaciencia—. Tenemos a los criados para hacer las compras.

—Me encanta cuando empiezas a dártelas de aristócrata y de señor —repuso ella encogiendo los hombros—: «Tenemos a los criados...»; guárdate esos aires para los invitados.

—No empieces a ponerte nerviosa, ¿eh? —rezongó él.

—¡Pero cómo quieres —exclamó Rosine con la voz ahogada por el llanto—, cómo quieres que no me ponga nerviosa! ¡Todo va mal! ¡Esos inútiles de los criados no acabarán nunca! Tengo que estar en todas partes y vigilarlo todo, y hace tres noches que no duermo; ¡ya no puedo más, siento que me estoy volviendo loca!

Tomó un pequeño cenicero de plata y lo arrojó al suelo, y este acceso de violencia pareció calmarla. Sonrió un poco avergonzada.

—No es culpa mía, Alfred...

Kampf sacudió la cabeza sin responder. Cuando Rosine se iba, la llamó:

—Oye, quería preguntarte una cosa. ¿No has recibido nada, ni una sola respuesta de los invitados?

—No. ¿Por qué?

—No sé, me extraña... Y parece hecho a propósito; quería preguntarle a Barthélemy si había recibido la invitación, y hace una semana que no lo veo por la Bolsa. ¿Y si le telefonara?

—¿Ahora? Sería una idiotez.

—Pero no deja de resultarme raro —insistió Kampf.

Su mujer lo interrumpió:

—¡Lo que pasa es que no se responde, eso es todo! O se asiste o no se asiste... ¿Y quieres que te diga una cosa? Incluso me complace. Significa que nadie ha pensado por adelantado en faltar al compromiso... Al menos se habrían excusado, ¿no crees?

Como su marido no respondía, preguntó con impaciencia:

—¿No crees, Alfred? ¿Tengo razón, eh? ¿Qué me dices?

Kampf abrió los brazos.

—Yo qué sé... ¿Qué quieres que te diga? Sé tanto como tú.

Se miraron un momento en silencio. Rosine suspiró y bajó la cabeza.

—¡Oh! Dios mío, estamos como perdidos, ¿verdad?

—Ya se nos pasará —dijo Kampf.

—Lo sé, pero mientras... ¡Si supieras el miedo que tengo! Quisiera que ya hubiera acabado todo...

—No te pongas nerviosa —repitió él, blandamente. Hacía girar el abrecartas con aire ausente. Y recomendó—: Sobre todo, habla lo menos posible... solo frases hechas... «Encantada de verlos... Sírvanse alguna cosa... Hace calor, hace frío...».

—Lo más terrible —dijo Rosine con tono preocupado— serán las presentaciones. Imagínate, toda esa gente a la que he visto una vez en mi vida, de la que apenas conozco las caras... y que no se conoce entre sí, que no tiene nada en común...

—Dios mío, pues, farfulla alguna cosa. Al fin y al cabo, todo el mundo estuvo como nosotros, todo el mundo tuvo que empezar un día.

—¿Te acuerdas de nuestro pequeño apartamento de la rue Favart? —preguntó Rosine de repente—. ¿Y cómo vacilamos antes de reemplazar aquel viejo diván del comedor que estaba todo destartado? Hace cuatro años de eso, y mira... —agregó, señalando los pesados muebles de bronce que los rodeaban.

—¿Quieres decir que de aquí a cuatro años recibiremos a embajadores, y entonces nos acordaremos de cómo temblábamos esta noche porque venía un centenar de rufianes y unas cuantas viejas grullas? ¿Eh?

Ella le tapó la boca con la mano riéndose:

—¡Cállate, tú!

Al salir, Rosine tropezó con el jefe de comedor, que venía a avisarle algo con respecto a los bodegueros: no habían llegado con el champán y el barman creía que no habría suficiente gin para los cócteles.

Rosine se agarró la cabeza con las dos manos.

—Pero bueno, lo que faltaba —empezó a gritar—. ¿Y esto no podía habérmelo dicho antes? ¿Dónde quiere que encuentre gin a estas horas? Todo está cerrado y los bodegueros...

—Envía al chofer, querida —aconsejó Kampf.

—El chofer se ha ido a cenar —dijo Georges.

—¡Naturalmente! —exclamó Rosine fuera de sí—. ¡Naturalmente! A él le da todo igual... —se dominó—. Le da igual que lo necesitemos o no, el señor se va, ¡el señor se va a cenar! Otro al que voy a despedir mañana a primera hora —añadió dirigiéndose a Georges con tal furia que el criado apretó sus finos labios.

—Si la señora lo dice por mí... —empezó.

—Pero no, mi amigo, no, está loco, lo he dicho sin pensar; ya ve usted lo nerviosa que estoy —repuso ella

encogiéndose de hombros—. Busque un taxi y vaya enseguida chez Nicolás... Dale dinero, Alfred.

Rosine se precipitó a su habitación, enderezando las flores al pasar y regañando a los criados:

—Este plato de saladitos está mal colocado. Levanten la cola del faisán un poco más. ¿Dónde están los sándwiches de caviar frío? No los pongan demasiado a la vista; todo el mundo se abalanzará sobre ellos. ¿Y las barquillas de *foie gras*? ¿Dónde han puesto las barquillas de *foie gras*? Las han olvidado... ¡Si yo no estuviera que estar en todo!...

—Pero se están desempaquetando, señora —dijo el jefe de comedor, y la miró con ironía mal disimulada.

«Debo de parecer ridícula», pensó ella de pronto, al ver en el espejo su cara roja, sus ojos extraviados, los labios temblorosos. Sin embargo, como una niña demasiado cansada, no podía calmarse por más que lo intentara; estaba extenuada y al borde de las lágrimas.

Se fue a su habitación.

La doncella colocó sobre la cama el vestido de baile, de lamé plateado y adornado con gruesos flecos de perlas, unos zapatos que brillaban como joyas, las medias de muselina.

—¿La señora cenará ahora? Vamos a servir para no estropear las mesas, claro...

—No tengo hambre —replicó Rosine, terminante.

—Como quiera la señora; pero yo ¿puedo ir a cenar ahora? —dijo Lucie y apretó los labios, pues la señora Kampf le había hecho repasar durante cuatro horas las perlas del vestido que se soltaban a lo largo de los fle-

cos—. Quiero recordarle a la señora que son cerca de las ocho y que las personas no son animales.

—¡Pues vaya, hija, vaya! ¿La estoy reteniendo yo? —exclamó la señora Kampf.

Cuando se quedó sola, se echó en el canapé y cerró los ojos; pero la habitación estaba helada, como una cueva: se habían apagado los radiadores de todo el apartamento por la mañana. Se levantó y se acercó al tocador.

«Estoy horrorosa...».

Empezó a maquillarse minuciosamente la cara; primero, una espesa capa de crema que extendió masajando con las manos, después el colorete líquido en las mejillas, el negro en las cejas, la fina línea que alargaba los párpados hacia las sienes, los polvos... Se maquillaba con extrema lentitud y de vez en cuando se detenía, tomaba el espejo y sus ojos devoraban su imagen con una atención apasionada, ansiosa, lanzándose miradas duras, desafiantes y astutas. De pronto atrapó entre dos dedos una cana sobre la sien; la arrancó con una expresión violenta. ¡Ah!, ¡la vida estaba mal hecha! Antes, su cara de veinte años... sus mejillas en flor..., pero también las medias zurcidas y la ropa interior remendada... Ahora las joyas, los vestidos, las primeras arrugas... Todo eso iba junto... Cómo había que apresurarse a vivir, Dios mío, en agradar a los hombres, en amar... El dinero, los hermosos vestidos y los coches bonitos, ¿de qué servía todo eso sin un hombre en la vida, un pretendiente, un joven amante? Cuánto había esperado ella ese amante. Había escuchado y seguido a hombres que le hablaban de amor cuando aún era una muchacha pobre, porque iban bien vestidos y tenían hermosas manos cuidadas... Unos patanes, todos. Pero ella no había dejado de esperar. Y

ahora tenía su última oportunidad, los últimos años antes de la vejez, la verdadera, sin remedio, la irreparable... Cerró los ojos e imaginó unos labios jóvenes, una mirada ávida y tierna, cargada de deseo...

A toda prisa, como si acudiera a una cita de amor, arrojó a un lado la bata y empezó a vestirse: se puso las medias, los zapatos y el vestido, con esa habilidad especial de aquellas que se las han arreglado sin doncella toda la vida. Las joyas... Tenía un cofre lleno. Kampf decía que eran la inversión más segura. Se puso el gran collar de perlas de dos vueltas, todos sus anillos, brazaletes de diamantes que le envolvían los brazos desde la muñeca hasta el codo; después fijó al vestido un gran dije adornado con zafiros, rubíes y esmeraldas. Brillaba, centelleaba como un relicario. Retrocedió unos pasos, se miró con una sonrisa feliz... ¡La vida comenzaba al fin!... ¿Quién sabe si esa misma noche?

6

Antoinette y la Miss terminaron de cenar sobre una tabla de planchar tendida sobre dos sillas en el cuarto de la ropa blanca. Al otro lado de la puerta se oía a los criados correr de un lado para otro en la antecocina y el ruido de la vajilla entrechocándose. Antoinette no se movía, las manos apretadas entre las rodillas. A las nueve, la Miss miró su reloj.

—Tenemos que acostarnos ya, querida... No oírás la música desde el cuarto; dormirá bien.

Como Antoinette no respondía, dio unas palmadas riendo.

—Vamos, despierte, Antoinette, ¿qué le pasa?

La llevó a un pequeño trastero, mal iluminado y amueblado a las apuradas con una cama de hierro y dos sillas.

Enfrente, al otro lado del patio, se divisaban las ventanas brillantes del salón y del comedor.

–Podrá ver bailar a la gente desde aquí; no hay postigos –bromeó miss Betty.

Cuando se fue, Antoinette pegó la frente a los cristales temerosa pero ávidamente; se veía un gran trozo de muro iluminado por la claridad dorada, ardiente, de las ventanas. Unas sombras pasaban presurosas al otro lado de las cortinas de tul. Los criados. Alguien entreabrió el ventanal; Antoinette percibió claramente el sonido de los instrumentos que afinaban al fondo del salón. Los músicos ya estaban allí. Dios mío, eran más de las nueve... Toda la semana había esperado confusamente una catástrofe que engulliría al mundo a tiempo para que no se descubriera nada; pero la noche pasaba como todas las noches. En un piso vecino, un reloj dio las nueve y media. Media hora más, tres cuartos de hora y después... Nada, no pasaría nada sin duda, puesto que, cuando ellas habían vuelto del paseo aquel día, su madre había preguntado, abalanzándose sobre la Miss con aquella impetuosidad que hacía perder la cabeza a las personas nerviosas: «Bien, ¿ha echado las invitaciones al correo?; ¿no ha perdido nada, no ha extraviado nada, está segura?», y la Miss había contestado: «Sí, señora Kampf». Desde luego, la responsable era ella y solo ella... Y si la despedían, tanto mejor, le estaría bien empleado.

–No me importa nada, no me importa nada –balbuceó, y se mordió una mano que sangró bajo los agudos

dientes jóvenes—. Y mamá puede hacerme lo que quiera, no tengo miedo, ¡qué me importa!

Miró el patio oscuro y profundo bajo la ventana.

—Me mataré, y antes de morir diré que es por su culpa, ya está —murmuró—. No tengo miedo de nada, me he vengado por adelantado...

Volvió a acechar por la ventana; el cristal se empañó bajo sus labios; lo frotó con violencia, y de nuevo pegó la cara. Al fin, inquieta, abrió los dos batientes de par en par. La noche era pura y fría. Ahora veía claramente, con sus penetrantes ojos de catorce años, las sillas dispuestas a lo largo de la pared, los músicos alrededor del piano. Permaneció inmóvil tanto rato que ya no sentía las mejillas ni sus brazos desnudos. En cierto momento llegó a sufrir la alucinación de que no había ocurrido nada, que había visto en sueños aquel puente, las aguas oscuras del Sena, las tarjetas de invitación rasgadas esparciéndose al viento, y que los invitados iban a entrar milagrosamente, y la fiesta comenzaría. Oyó dar los tres cuartos, y luego las diez... Las diez... Entonces se estremeció y se deslizó fuera del cuarto. Se dirigió al salón, como un asesino principiante que vuelve al lugar del crimen. Atravesó el pasillo, donde dos camareros, con las cabezas levantadas, bebían champán directamente de las botellas. Llegó al comedor. Estaba desierto, con todo preparado, con la gran mesa dispuesta en el centro, rebosante de carnes de caza, de pescados en gelatina, de ostras en fuentes de plata, adornadas con encajes de Venecia, con las flores que enlazaban los platos, y la fruta en dos pirámides iguales. Alrededor, las mesas con cuatro o seis cubiertos donde brillaba el cristal, la porcelana fina, la plata. Después, Antoinette nunca pudo

comprender cómo se había atrevido a cruzar así, en toda su longitud, aquella gran habitación de luces rutilantes. En la puerta del salón vaciló un instante y luego divisó el gran canapé de seda en el gabinete contiguo; se puso de rodillas, se deslizó entre la parte de atrás del mueble y los cortinados flotantes; había el espacio justo para permanecer allí apretando brazos y piernas contra el cuerpo, y si asomaba la cabeza veía el salón como un escenario de teatro. Temblaba levemente, helada aún por la larga exposición delante de la ventana abierta. Ahora el apartamento parecía dormido, calmo, silencioso. Los músicos hablaban en voz baja. Antoinette veía al negro de dientes brillantes, a una dama con vestido de seda, unos platillos como de bombo de feria, un violonchelo enorme de pie en un rincón. El negro suspiró mientras rasgueaba con la uña una especie de guitarra que bordoneó y gimió sordamente.

—Ahora cada vez se empieza y se acaba más tarde.

La pianista dijo unas palabras que Antoinette no oyó y que hicieron reír a los otros. El señor y la señora Kampf irrumpieron de pronto.

Cuando Antoinette los vio, hizo un movimiento como si quisiera hundirse en el suelo; se aplastó contra la pared, la boca en el hueco que formaba el codo doblado. Oyó sus pasos, que se acercaban. Kampf se sentó en un sofá delante de Antoinette. Rosine dio unas vueltas por la habitación; encendió los apliques de la chimenea y luego los apagó. Resplandecía de diamantes.

—Siéntate —dijo Kampf en voz baja—, es una tontería que te alteres así.

Rosine se colocó de tal manera que Antoinette, que había abierto los ojos y adelantado la cabeza hasta tocar

con la mejilla la madera del canapé, la vio de pie delante de ella, y le sorprendió la expresión que tenía aquella cara autoritaria, una expresión que no le conocía: una suerte de humildad, de celo, de espanto...

—Alfred, ¿tú crees que saldrá bien? —preguntó Rosine con una voz pura y temblorosa de niña pequeña.

Alfred no tuvo tiempo de responder, pues un timbrazo resonó de pronto en todo el piso.

Rosine juntó las manos.

—¡Oh, Dios mío, ya empieza! —bisbiseó, como si se tratara de un temblor de tierra.

Ambos se lanzaron hacia la puerta del salón con los dos batientes abiertos.

Al cabo de un instante, Antoinette los vio regresar escoltando a la señorita Isabelle, que hablaba muy alto, con una voz diferente ella también, una voz poco habitual, alta y aguda, con pequeñas explosiones de risa que punteaban sus frases como fuegos de artificio.

«Me había olvidado de esta», pensó Antoinette con espanto.

La señora Kampf, radiante ahora, hablaba sin parar; había recobrado su aspecto arrogante y alegre; guiñaba el ojo con malicia a su marido, señalándole furtivamente el vestido de la señorita Isabelle, de tul amarillo, y en torno a su largo cuello flaco, una boa de plumas que agitaba con ambas manos como el abanico de Celimena; del extremo de una cinta de terciopelo naranja que rodeaba su muñeca colgaban unos impertinentes de plata.

—¿No conocía usted esta habitación, Isabelle?

—No; es preciosa, ¿quién se la ha amueblado? ¡Oh!, qué encantadores estos jarroncitos de porcelana. Vaya, ¿a usted todavía le gusta el estilo japonés, Rosine? Yo

siempre lo defendiendo; el otro día precisamente les decía a los Bloch-Levy, los Salomón, ¿los conoce?, que criticaban este estilo por feo y por ser de «nuevo rico» (según su expresión): «Ustedes dirán lo que quieran, pero es alegre, es vital, y además, aunque sea menos caro, por ejemplo, que el Luis xv, eso no es un defecto, al contrario...».

—Pero se equivoca usted por completo, Isabelle —protestó Rosine con viveza—. Lo chino antiguo y lo japonés alcanzan unos precios de locura. Este jarroncito con pájaros, por ejemplo...

—Bastante moderno...

—Mi marido pagó diez mil francos por él en el Hôtel Drouot... ¿Qué digo, diez mil francos? Doce mil, ¿no es cierto, Alfred? ¡Oh!, le regañé, pero no por mucho tiempo; a mí también me encanta buscar y comprar objetos artísticos, es mi pasión.

Kampf dijo animadamente:

—Tomarán una copita de oporto, ¿verdad, señoras? Traiga —dijo a Georges, que entraba— tres copas de oporto Sandeman y unos sándwiches, sándwiches de caviar...

Como la señorita Isabelle se había alejado y examinaba, a través de sus impertinentes, un Buda dorado sobre un cojín de terciopelo, la señora Kampf sopló rápidamente:

—Unos sándwiches, estás loco, ¡no me vas a estropear toda la mesa por ella! Georges, traiga unos bocaditos en el cestito de Sajonia, en el cestito de Sajonia, ¿me ha entendido bien?

—Sí, señora.

Georges regresó en un instante con la bandeja y el botellón de Baccarat. Los tres bebieron en silencio.

Después la señora Kampf y la señorita Isabelle se sentaron en el canapé detrás del cual se escondía Antoinette. Adelantando la mano, habría podido tocar los zapatos plateados de su madre y los escarpines de raso amarillo de su profesora. Kampf se paseaba de un lado a otro lanzando miradas furtivas al reloj de péndulo.

—Y cuénteme un poco, ¿a quién veremos esta noche?—preguntó la señorita Isabelle.

—¡Oh! —dijo Rosine— a algunas personas encantadoras, también algunos vejestorios, como la vieja marquesa de San Palacio, a quien debo devolver la cortesía; pero a ella le gusta tanto venir a mi casa... La vi ayer, tenía que irse de viaje; sin embargo me dijo: «Querida mía, he retrasado ocho horas mi partida al Midi por su velada: uno se divierte tanto en su casa...».

—¡Ah!, ¿ha organizado ya otros bailes? —preguntó la señorita Isabelle apretando los labios.

—No, no —se apresuró a decir la señora Kampf—, simplemente algunos té; no la he invitado porque sé que está usted tan ocupada durante el día...

—Sí, en efecto; además, el año que viene pienso también dar unos conciertos...

—¿En serio? ¡Qué excelente idea!

Callaron. La señorita Isabelle examinó una vez más las paredes de la habitación.

—Encantadora, totalmente encantadora, un gusto...

De nuevo se hizo el silencio. Las dos mujeres emitieron una tosecita. Rosine se alisó el cabello. La señorita Isabelle se ajustó la falda minuciosamente.

—Qué buen tiempo hemos tenido estos días, ¿verdad? Kampf intervino de pronto:

–Vamos, no podemos quedarnos así, con los brazos cruzados, ¿no? ¡Cómo tarda la gente! Porque en las tarjetas pusiste a las diez, ¿verdad, Rosine?

–Veo que me he adelantado mucho.

–Pero no, mi querida, ¿qué dice? Es una costumbre horrible la de llegar tan tarde, es deplorable...

–Propongo que bailemos –dijo Kampf dando una palmada jovialmente.

–¡Por supuesto, es una muy buena idea! Pueden empezar a tocar –exclamó la señora Kampf a la orquesta–: Un charlestón.

–¿Sabe bailar el charlestón, Isabelle?

–Claro que sí, un poco, como todo el mundo...

–Ah, pues no le faltarán acompañantes. El marqués de Itcharra, por ejemplo, el sobrino del embajador de España, siempre gana todos los premios en Deauville, ¿verdad, Rosine? Mientras esperamos, abramos el baile...

Se alejaron, y la orquesta bramó en el salón desierto. Antoinette vio que su madre se levantaba, corría a la ventana y pegaba –también ella, pensó– el rostro a los cristales fríos. El reloj de péndulo dio las diez y media.

–Dios mío, Dios mío, pero ¿qué pretenden? –susurró la señora Kampf agitadamente–. Que el diablo se lleve a esta vieja loca –agregó, casi en voz alta, y al punto aplaudió y exclamó riendo–: ¡Ah!, estupendo, estupendo; no sabía que bailaba tan bien, Isabelle.

–Pero si baila como Joséphine Baker –afirmó Kampf desde el otro lado del salón.

Terminado el baile, el anfitrión avisó:

–Rosine, voy a llevar a Isabelle al bar, no se ponga celosa.

—Pero ¿usted no nos acompaña, mi querida?

—Un instante si me lo permite, tengo que dar unas órdenes a los criados y enseguida me reúno con ustedes...

—Voy a coquetear con Isabelle durante toda la velada, le aviso, Rosine.

La señora Kampf tuvo fuerzas para reírse y amenazarlos con el dedo; pero no pronunció una palabra y, en cuanto se quedó sola, se pegó de nuevo a la ventana. Se oían los automóviles que subían por la avenida; algunos enlentecían la marcha delante de la casa; entonces ella se inclinaba y devoraba con los ojos la oscura calle invernal, pero los automóviles se alejaban, el ruido de los motores se hacía más débil, se perdían entre las sombras. A medida que transcurría el tiempo, los autos eran cada vez más escasos y durante largos minutos no se oía ni un solo ruido en la avenida desierta, como en provincia; apenas el ruido del tranvía en la calle de al lado, y bocinazos distantes, suavizados, amortiguados por la distancia...

Los dientes de Rosine rechinaban como si tuviera fiebre. Once menos cuarto. Once menos diez. En el salón vacío, un relojito daba la hora con pequeños toques acuciantes de un timbre vivo y claro; el del comedor respondió, insistente, y al otro lado de la calle el gran reloj del frontispicio de una iglesia tocaba lenta y gravemente, cada vez más fuerte a medida que pasaban las horas.

—... nueve, diez, once —chilló la señora Kampf con desesperación, levantando al cielo los brazos llenos de diamantes—. Pero ¿qué pasa? ¿Qué ha ocurrido, Jesús mío?

Alfred regresó con Isabelle y los tres se miraron sin hablar.

La anfitriona rio con nerviosismo.

—Es un poco raro, ¿no? A menos que haya ocurrido algo...

—¡Oh! Querida mía, a menos que haya habido un terremoto —dijo la invitada con tono triunfal.

Pero la señora Kampf no se rindió todavía. Dijo, jugueteando con sus perlas, pero con la voz ronca por la angustia:

—¡Oh!, no quiere decir nada; imagínese, el otro día estaba en casa de mi amiga la condesa de Brunelleschi y los primeros invitados empezaron a llegar a las doce menos cuarto. Así que...

—Pues es bastante molesto para la señora de la casa, irritante —murmuró la señorita Isabelle con suavidad.

—¡Oh!, es... es una costumbre que hay que imitar, ¿no es así?

En aquel instante sonó el timbre. Alfred y Rosine se abalanzaron hacia la puerta.

—Toquen —ordenó Rosine a los músicos.

Ellos atacaron un blues briosamente. No aparecía nadie. Rosine no pudo soportarlo más. Interpeló:

—Georges, Georges, han llamado a la puerta, ¿no lo ha oído?

—Son los helados que traen de chez Rey.

La señora Kampf estalló:

—Les digo que ha ocurrido algo, un accidente, un malentendido, una confusión de fechas, de hora, ¡yo qué sé! Las once y diez, son la once y diez —repitió con desesperación.

—¿Ya las once y diez? —exclamó la señorita Isabelle—. Sí, ya lo creo, tiene usted razón, el tiempo pasa deprisa

en su casa, mis felicitaciones... Son y cuarto ya, creo, ¿lo oye sonar?

—¡Bueno, pues no tardarán en llegar! —dijo Kampf elevando la voz.

De nuevo se sentaron; pero no dijeron nada más. Se oía a los criados riéndose a carcajadas en la antecocina.

—Ve y hazlos callar, Alfred —dijo finalmente Rosine con la voz temblorosa de ira—: ¡Ve!

A las once y media apareció la pianista.

—¿Tenemos que esperar más, señora?

—¡No, váyanse, váyanse todos! —exclamó ella bruscamente, a punto de caer en una crisis nerviosa—. ¡Les pagamos y se van! No habrá baile, no habrá nada. ¡Es una afrenta, un insulto, una conspiración de nuestros enemigos para ridiculizarnos, para acabar conmigo! Si viene alguien ahora, no quiero verlo, ¿me oyen? —continuó con una violencia creciente—. Les dicen que me he ido, que hay un enfermo en la casa, un muerto, ¡lo que se les ocurra!

La señorita Isabelle se mostró solícita:

—Vamos, querida, no perdamos la esperanza. No se atormente así, se va a enfermar... Naturalmente, comprendo cuánto debe de estar sufriendo, querida, mi pobre amiga. ¡El mundo es tan malvado!... Debería decirle usted alguna cosa, Alfred, mirarla, consolarla...

—¡Qué comedia! —siseó Kampf entre dientes, con el semblante pálido—. ¿Quiere callarse de una vez?

—Vamos, Alfred, no grite. Al contrario, tiene que mirarla...

—¿Eh? ¡Si a ella le gusta hacer el ridículo!

Giró bruscamente sobre los talones e interpeló a los músicos:

—¿Qué hacen ustedes aquí todavía? ¿Cuánto se les debe? Y váyanse inmediatamente, por amor de Dios...

La señorita Isabelle recogió despacio su boa de plumas, sus impertinentes y su bolso.

—Será mejor que me retire, Alfred, a menos que pueda serles útil en lo que sea, mi pobre amigo...

Al ver que él no respondía, se inclinó, besó en la frente a Rosine, que seguía inmóvil y ni siquiera lloraba, con los ojos fijos y secos.

—Adiós, mi querida, créame que estoy desolada, que me hago cargo —musitó maquinalmente, como en el cementerio—. No, no; no me acompañe, Alfred, salgo, me voy, ya me he ido, llore a sus anchas, mi pobre amiga, desahóguese —soltó una vez más con todas sus fuerzas en medio del salón desierto.

Alfred y Rosine la oyeron decir a los criados, cuando cruzaba el comedor:

—Sobre todo, no hagan ruido; la señora está muy nerviosa, muy afectada.

Y, finalmente, el zumbido del ascensor y el golpe sordo de la puerta cochera al abrirse y volver a cerrarse.

—Mal bicho —murmuró Kampf—, si al menos...

No terminó. Rosine, puesta en pie de repente, con el rostro brillante de lágrimas, le mostró el puño gritando:

—¡Eres tú, imbécil! ¡Es por tu culpa, por tu sucia vanidad, tu orgullo de pavo real!... ¡El señor quiere dar bailes! ¡Recibir! ¡Es para morirse de risa! ¡Por Dios! ¿Crees que la gente no sabe quién eres, de dónde sales? ¡Nuevo rico! ¡Se han reído bien de ti, ¿eh?, tus amigos, tus queridos amigos, ladrones, estafadores!

—¡Y los tuyos, tus condes, tus marqueses, tus gigolós!

Continuaron gritándose un tropel de palabras desbo cadas, violentas, que fluían como un torrente. Después Kampf, con los dientes apretados, dijo bajando la voz:

—¡Cuando te recogí, Dios sabe por dónde te habías arrastrado ya! ¡Crees que no sé nada, que no me daba cuenta de nada! Yo pensaba que eras linda, inteligente, que si me hacía rico me ayudarías a sentirme honorable... Yo caí, desde luego, qué negocio hice contigo, con tus modales de verdulera, una solterona con modales de cocinera...

—Otros quedaron satisfechos...

—Lo dudo. Pero no me des detalles. Mañana lo la mentarías.

—¿Mañana? ¿Y tú te has creído que me quedará una hora siquiera contigo después de todo lo que me has dicho? ¡Animal!

—¡Vete! ¡Vete al diablo!

El señor Kampf salió dando un portazo.

Rosine lo llamó:

—¡Alfred, vuelve!

Y esperó, la cabeza vuelta hacia el salón, anhelante, pero él ya estaba lejos... Bajaba por la escalera. En la calle, su voz furiosa gritó un rato: «¡Taxi, taxi!», luego se alejó, se apagó a la vuelta de una esquina.

Los criados habían subido a su apartamento, dejando por todas partes las luces encendidas, las puertas que se golpeaban... Rosine se quedó inmóvil, con su vestido brillante y sus perlas, hundida en un sofá.

De pronto hizo un movimiento brusco tan enérgico y repentino que Antoinette dio un respingo y, al retroceder, se golpeó la frente contra la pared. Se agachó aún más, temblando; pero su madre no había

oído nada. Se arrancaba los brazaletes uno por uno y los tiraba al piso. Uno de ellos, hermoso y pesado, todo adornado con diamantes, rodó bajo el canapé y llegó a los pies de Antoinette. Como clavada en el sitio, Antoinette miraba todo.

Vio el rostro de su madre, por el que resbalaban las lágrimas mezcladas con el maquillaje, un rostro arrugado, crispado, enrojecido, infantil, cómico... conmovedor... Pero Antoinette no estaba conmovida, no sentía más que una especie de desdén, de indiferencia despectiva. Años después, le comentaría a un hombre: «Oh, yo era una niña terrible, ¿sabe? Imagínese que una vez...». De pronto se sintió poseída por todo su futuro, por sus jóvenes fuerzas intactas, su capacidad para pensar: «¿Cómo se puede llorar de esa manera por algo así?... ¿Y el amor? ¿Y la muerte? Un día morirá... ¿lo ha olvidado?».

¿Así que las personas mayores sufrían, ellas también, por cosas fútiles y pasajeras? Y ella, Antoinette, les había tenido miedo, había temblado delante de ellos, de sus gritos, sus cóleras, sus vanas y absurdas amenazas... Suavemente, se deslizó fuera de su escondite. Un momento después, disimulada entre las sombras, miró a su madre, que no sollozaba pero permanecía ensimismada mientras las lágrimas rodaban hasta su boca sin que ella las enjugara. Antoinette se levantó y se acercó.

—Mamá.

La señora Kampf saltó en su asiento.

—¿Qué quieres, qué haces aquí? —exclamó, nerviosa—. ¡Vete, vete enseguida! ¡Déjame en paz! ¡Ya no puedo estar ni un minuto tranquila en mi propia casa!

Antoinette, un poco pálida y con la cabeza baja, no se movió. Aquellos gritos resonaban en sus oídos, débiles y

privados de su fuerza, como una tormenta de teatro. Un día, muy pronto, le diría a un hombre: «Mamá gritaba, pero no importa...».

Extendió la mano despacio, la posó sobre los cabellos de su madre, los acarició con dedos ligeros, un poco temblorosos.

—Pobre mamá, va...

Por un instante todavía, Rosine maquinalmente se debatió, la rechazó, sacudió el rostro convulso:

—Déjame, vete... déjame, te digo.

Entonces una expresión débil, vencida, lastimosa, se apoderó de sus facciones:

—¡Ah!, pobre hija mía, mi pobre Antoinette; tú sí que eres feliz; no sabes aún lo injusto que es el mundo, malvado, hipócrita... Todas esas personas que me sonreían, que me invitaban, se reían de mí a mis espaldas, me despreciaban, porque no pertenecía a su mundo, esos pajarracos de... ¡pero tú no puedes entenderlo, pobre hija mía! ¡Y tu padre!... ¡Ah! ¡Mira, solo te tengo a ti!... —terminó diciendo de pronto—. Solo te tengo a ti, mi pobre niña...

Estrechó a Antoinette entre sus brazos. Como la niña pegó la carita muda contra las perlas, no la vio sonreír. Dijo:

—Eres una buena hija, Antoinette...

Fue un segundo, un destello inaprensible mientras se cruzaban «en el camino de la vida»; una iba a subir, y la otra a hundirse en la sombra. Pero ellas no lo sabían. Sin embargo, Antoinette repitió bajito:

—Pobre mamá...

París, 1928

LAS MOSCAS DEL OTOÑO

1

La mujer asintió con la cabeza y dijo como en otro tiempo:

–Bueno, Yurochka, adiós... Cuídate mucho, hijo.

Cómo pasaba el tiempo... De niño, cuando se marchaba al liceo de Moscú, en otoño, subía también a decirle adiós, en esta misma habitación. De eso hacía diez, doce años. Miró su uniforme de oficial con una mezcla de asombro y de triste orgullo.

–¡Ay, mi pequeño Yurochka! Parece que fue ayer...

Se calló e hizo un gesto con la mano. Hacía cincuenta y un años que estaba con la familia Karin. Había sido la nodriza de Nicolás Alexandrovich, el padre de Yuri, y criado a sus hermanos y hermanas y también a los hijos de Nicolás... Aún se acordaba de Alexander Kirilovich, muerto en 1877, en la guerra contra Turquía, hacía treinta y nueve años. Y ahora les había llegado el turno a los pequeños, Kiril y Yuri; partirían ellos también al frente, a la guerra... Suspiró y le hizo a Yuri la señal de la cruz en la frente.

–Ve, mi querido, Dios te protegerá.

–Pues sí, vieja querida.

Yuri sonrió con expresión burlona y resignada. Tenía una cara de campesino, redonda y sonrosada. No se parecía a los otros Karin. Tomó las manos, pequeñas,

ásperas como la corteza de un árbol y casi negras, e hizo ademán de llevárselas a los labios.

—¿Estás loco? —ella se sonrojó y las retiró precipitadamente—. ¡Ni que fuera una bella jovencita! Anda, Yurochka, vete, baja... Todavía están bailando abajo.

—Adiós, Nianiuchka... Tatiana Ivanovna —se despidió Yuri con una voz ronca, con un toque irónico—. Te traeré un chal de seda de Berlín, si es que llegamos, lo que me sorprendería. Mientras, te mandaré una pieza de tela de Moscú para Año Nuevo.

Ella se esforzó por sonreír, frunciendo aún más los labios, que seguían siendo finos, aunque ahora se veían apretados y hundidos, como comprimidos por las viejas mandíbulas. Era una mujer de setenta años, de aspecto frágil, de talla pequeña, con un rostro despierto y sonriente. En ocasiones, su mirada todavía era penetrante, aunque a veces se veía cansada y serena. Negó con la cabeza.

—Tú prometes mucho, y tu hermano también. Pero allá nos olvidarán. En fin, quiera Dios que al menos esto termine lo antes posible y puedan volver los dos. ¿Se acabará pronto esta maldición?

—Claro. Pronto y mal.

—No bromees con eso —le contestó ella con viveza—. Todo está en manos de Dios. —Se apartó y se agachó delante de la maleta abierta—. Puedes decirles a Platoch y a Piotr que suban a recoger las cosas cuando quieran. Todo está listo. Las mantas y los abrigos están abajo. ¿Cuándo parten? Es medianoche.

—Con que estemos en Moscú por la mañana será suficiente. El tren sale a las once.

Ella suspiró y negó con la cabeza con un gesto familiar.

—¡Ay, Señor, qué Navidad tan triste! —Abajo, alguien tocaba al piano un rápido y alegre vals. Se oían los pies de los bailarines deslizándose por el viejo parquet y el tintineo de las espuelas.

—Adiós, Nianiuchka, me voy abajo. —Yuri hizo un gesto con la mano.

—Ve, corazón.

Se quedó sola y empezó a doblar la ropa.

—Las botas... —murmuraba—. Las prendas del viejo equipo... aún pueden servir en campaña. ¿No me olvido de nada? Las pellizas están abajo...

Treinta y nueve años antes, cuando se había marchado Alexander Kirilovich, también le había empaquetado los uniformes, lo recordaba bien. Dios mío... Agafia, la vieja mucama, todavía estaba en este mundo. Entonces, también ella era joven. Cerró los ojos, suspiró hondo y se levantó pesadamente. «Me gustaría saber dónde se han metido esos zánganos de Petka y Platochka. Que Dios me perdone. Hoy están todos borrachos».

Recogió el chal del suelo, se cubrió la cabeza y la boca, y bajó. Las habitaciones de los chicos estaban en la parte antigua de la casa, un hermoso edificio de noble arquitectura, con un gran frontón griego adornado de columnas. El parque se extendía hasta el pueblo vecino, Sujarevo. En cincuenta y un años, Tatiana Ivanovna no había abandonado la casa. Solo ella conocía todos los armarios, los sótanos y las oscuras habitaciones cerradas de la planta baja, que habían sido en otro tiempo suntuosas salas por las que habían desfilado las generaciones.

Cruzó rápidamente el salón.

—¿Qué, Tatiana Ivanovna, se van tus niños? —preguntó Kiril, riendo al verla.

La anciana frunció el ceño sonriendo al mismo tiempo.

—¡Ve, ve, ve, que no te hará daño a ti vivir con algunas privaciones!

Él y su hermana Lulú tenían la belleza, los ojos relucientes y el aire cruel y dichoso de los Karin de otros tiempos. Lulú estaba bailando con su primo pequeño, Chernichev, un liceal de quince años. Ella había cumplido dieciséis el día anterior. Estaba radiante, con las mejillas rojas, encendidas por el baile, y las gruesas trenzas negras recogidas alrededor de la pequeña cabeza, como una corona oscura.

El tiempo, el tiempo... —se dijo la anciana—. ¡Ay, Dios mío! No te das cuenta de cómo pasa, y un día ves que los niños son más altos que tú... Ahora Lulichka ya es una jovencita. Dios mío, si parece que fue ayer cuando yo le decía a su padre: «No llores, Kolinka, todo pasa, corazón mío». Y ahora, mira, ya es un hombre maduro...

Aquel hombre estaba frente a ella, con su esposa, Helena Vasiliévna.

—¿Ya, Tatianuchka? ¿Están listos los caballos? —murmuró al verla, sobresaltado.

—Sí, ya es hora, Nicolás Alexandrovich. Voy a ordenar que lleven las maletas al trineo.

Él bajó la cabeza y se mordió apenas los labios, finos y pálidos.

—¿Ya, Dios mío? Bueno, qué se le va a hacer. ¡Ve, ve! —Y, volviéndose hacia su mujer, sonrió débilmente y con la voz cansada y serena de siempre, dijo—: *Children*

will grow, and old people will fret... ¿Verdad, Nelly? Vamos, querida, creo que la hora ha llegado.

Se miraron sin decir nada. Ella volvió a subirse el chal negro de encaje alrededor de su cuello largo y flexible, la única belleza de su juventud que permanecía intacta, junto con sus ojos verdes, relucientes como el agua.

–Voy contigo, Tatiana.

–¿Para qué? Solo tomará frío –dijo la anciana, encojiéndose de hombros.

–Da igual –respondió Helena Vasilievna con impaciencia.

Tatiana Ivanovna la siguió en silencio. Cruzaron la pequeña galería desierta. En otro tiempo, cuando Helena aún era la condesa Eletzkaia y en las noches de verano venía a reunirse con Nicolás Karin en el pabellón, al fondo del parque, entraban en la casa por aquella puerta, cuando todos los demás dormían. Y era allí donde algunas veces, por la mañana, se encontraba a la vieja Tatiana. Aún creía verla retirarse a su paso, santiguándose. Parecía algo antiguo y lejano, como un sueño extraño. Al morir Eletzki se había casado con Karin. Al principio, la hostilidad de Tatiana Ivanovna a menudo la había irritado y apenado. Era joven. Ahora era diferente. A veces espiaba las miradas de la anciana, sus reacciones de rechazo y pudor, con una especie de irónica y triste satisfacción, como si todavía fuera la adúltera, la pecadora que corría a las citas bajo los viejos tilos. Al menos le quedaba eso de su juventud.

–¿No te olvidas de nada? –le preguntó en voz alta.

–Claro que no, Helena Vasilievna.

–Nieva mucho. Pide que pongan más mantas en el trineo.

–Quédese tranquila.

Empujaron la puerta de la terraza, que se abrió con dificultad chirriando sobre la nieve espesa. Un olor a pinos helados y humo lejano colmaba la gélida noche. Tatiana Ivanovna se anudó el chal al cuello y echó a correr hacia el trineo. Todavía era fuerte y ágil, como cuando Kiril y Yuri eran niños y los buscaba por el parque al atardecer. Helena Vasilievna cerró los ojos y, por unos instantes, volvió a ver a sus dos hijos mayores, sus caras, sus juegos infantiles... Kiril, su preferido, era tan hermoso, tan feliz... Temía por él más que por Yuri. Los quería a los dos con locura, pero Kiril... ¡Ah, era un pecado pensar así! «Dios mío, protégelos, sálvalos, concédenos envejecer rodeados de nuestros hijos. ¡Escúchame, Señor!». Como decía la vieja niñera, todo estaba en las manos de Dios.

Tatiana Ivanovna volvió a subir la escalera de la terraza sacudiéndose los copos de nieve del chal.

Regresaron al salón. El piano había enmudecido. Los jóvenes conversaban entre ellos, a media voz, de pie en el centro de la habitación.

–Ha llegado el momento, hijos –anunció Helena Vasilievna.

–Está bien, mamá, enseguida –respondió Kiril, haciéndole un gesto con la mano–. La última copa, señores...

Brindaron por el zar, la familia imperial, los aliados y la derrota de Alemania. Tras cada brindis arrojaban las copas al suelo, y los criados recogían los cristales en silencio. Los otros sirvientes esperaban en la galería.

Cuando los oficiales pasaron ante ellos, todos repitieron a la vez, como una monótona lección aprendida de memoria:

—Bueno, pues... adiós, Kiril Nicolaievich... Adiós, Yuri Nicolaievich...

El viejo cocinero Antipas, siempre ebrio y un poco triste, fue el único que, ladeando la gran cabeza gris y con voz vibrante y ronca, agregó maquinalmente:

—Que Dios los conserve con buena salud.

—Los tiempos han cambiado —murmuró Tatiana Ivanovna—. La partida de los *barin*⁽¹⁾ en otra época era... Los tiempos han cambiado. Y los hombres también.

Y siguió a Kiril y Yuri hasta la terraza. Nevaba copiosamente. Los criados alzaron los faroles, que iluminaron las estatuas que había al comienzo del sendero, dos Belonas cubiertas de nieve y reluciente hielo, y el viejo parque, blanco e inmóvil. Por última vez Tatiana hizo la señal de la cruz sobre el trineo y el camino. Los jóvenes la llamaron y, riendo, le presentaron sus mejillas, que, azotadas por el viento de la noche, ardían.

—¡Bueno, adiós! Cuídate, viejita. Volveremos, no tengas miedo.

El cochero aseguró las riendas, soltó una especie de chillido, un silbido agudo y extraño, y los caballos se pusieron en marcha.

Uno de los criados dejó el farol en el suelo y bostezó.

—¿Se queda aquí, abuela?

Ella no respondió. La dejaron sola. Tatiana Ivanovna vio apagarse una tras otra las luces de la terraza y del vestíbulo.

(1) Miembros de la clase alta.

En la casa, Nicolás Alexandrovich y sus huéspedes habían vuelto a sentarse alrededor de la mesa de la cena. Nicolás tomó maquinalmente la botella de champán que le ofrecía un criado.

—¿No beben? —murmuró con esfuerzo—. Hay que beber.

Y llenó las copas que le tendían con precaución; las manos le temblaban un poco. Un hombre grueso con el bigote teñido, el general Siedov, se acercó a él y le susurró al oído:

—No se atormente, amigo mío. He hablado con Su Alteza. Cuidará de ellos, quédese tranquilo.

Nicolás Alexandrovich alzó suavemente los hombros. Él también había ido a San Petersburgo. Había obtenido cartas y audiencias, incluso había hablado con el Gran Duque. Como si él pudiera detener las balas, la disentería... «Cuando los hijos crecen, solo puedes cruzarte de brazos y dejar que la vida suceda. Pero sin embargo sigues preocupándote, bregando, discurriendo... Estoy haciéndome viejo —pensó de pronto—. Viejo y cobarde. ¿La guerra? ¿Acaso a los veinte años habría soñado con un destino más hermoso, Dios mío?».

—Gracias, Mijaíl Mijailovich —dijo en voz alta—. Qué vamos a hacer... Se las arreglarán, como todos. Que Dios nos conceda la victoria.

—¡Dios lo oiga! —asintió con fervor el viejo general. Los demás, los jóvenes, que habían estado en el frente, se callaron. Uno de ellos abrió con gesto maquinal el piano y tocó unas notas.

—Bailen, hijos míos —los animó Nicolás. Luego se sentó ante la mesa de bridge y le hizo una seña a

su mujer—. Deberías irte a descansar, Nelly. Mira qué pálida estás.

—Tú también —respondió ella a media voz. Se apretaron las manos en silencio. Helena Vasilievna salió, mientras el viejo Karin tomaba las cartas y se disponía a jugar, toqueteando con aire ausente la arandela del candelabro de plata.

2

Por un momento más, Tatiana Ivanovna siguió escuchando el tintineo de los cascabeles, que se alejaba. «Van deprisa», se dijo. De pie en medio del sendero, se sujetaba con ambas manos el chal alrededor de la cara. La nieve, seca y ligera, se le metía en los ojos como polvo. La luna se había elevado, y las huellas del trineo profundamente marcadas en el suelo helado se destacaban con un brillo azulado. De pronto, el viento cambió de dirección y empezó a nevar con fuerza. El débil tintineo de las campanitas había cesado; en el silencio, el crujido de los abetos helados parecía el sordo gemido de un esfuerzo humano.

La vieja regresó a la casa a paso lento. Pensaba en Kiril y Yuri con una especie de asombro doloroso. La guerra... Imaginaba vagamente un campo de batalla y caballos al galope, obuses que estallaban como vainas maduras... como en una imagen vista... ¿dónde?... en un libro escolar que los niños habían coloreado. Pero ¿qué niños? ¿Estos o Nicolás Alexandrovich y sus hermanos? A veces, cuando se sentía cansada, como aquella noche, su memoria los confundía. Un largo sueño confuso... ¿No despertaría como en otra época con el llanto de Kolinka en la vieja habitación?

Cincuenta y un años... En esa época, también ella tenía un marido y un hijo. Pero los dos habían muerto. Hacía tanto tiempo que a veces le costaba recordar sus caras. Sí, todo pasaba, todo estaba en manos de Dios.

Subió al dormitorio del pequeño Andréi, el hijo menor de los Karin, que estaba a su cuidado. Aún dormía a su lado en la gran habitación de la esquina, que había sido la de Nicolás Alexandrovich y después la de sus hermanos y hermanas. Todos habían muerto o estaban lejos. La habitación parecía demasiado grande y los techos muy altos para los escasos muebles que quedaban, su cama y la cuna de Andréi, con cortinas blancas y un pequeño icono antiguo colgado entre los barrotes. Un baúl lleno de juguetes, un pequeño pupitre antiguo de madera blanca, que los cuarenta años transcurridos habían recubierto de una pátina agrisada, como una laca... Cuatro ventanas desnudas, el viejo parquet rojizo. Durante el día, el aire y la luz lo inundaban todo. Pero cuando llegaba la noche, con su extraño silencio, Tatiana Ivanovna se decía: «Ya es hora de que vengan otros...».

Encendió una vela, que iluminó vagamente el techo, pintado con ángeles de cara redonda y burlona, cubrió la llama con un cono de cartón y se acercó a Andréi. Dormía profundamente, con la dorada cabeza hundida en la almohada. Le tocó la frente y las pequeñas manos abiertas sobre la sábana, y se sentó a su cabecera, en el sitio de siempre. Por la noche se pasaba horas enteras así, medio dormida, amodorrada al calor de la estufa, tejiendo y pensando en el pasado y en el día en que Kiril y Yuri se casarían y nuevos pequeños dormirían allí. Andréi no tardaría en irse. A los seis años los niños

se mudaban al piso inferior, con los preceptores y las gobernantas. Pero la vieja habitación nunca había permanecido vacía mucho tiempo. ¿Kiril o Yuri? ¿O quizá Lulú? Miró la vela, que se consumía en el silencio con un fuerte y monótono chisporroteo, y movió suavemente la mano, como si meciera una cuna.

«Si Dios quiere, aún veré algunos más», murmuró. Llamaron a la puerta. La anciana se levantó—. ¿Eres tú, Nicolás Alexandrovich? —preguntó en voz baja.

—Sí, Nianiuchka.

—Entra con cuidado, no despiertes al niño...

El hombre entró. Ella tomó una silla y la acercó a la estufa con precaución.

—¿Estás cansado? ¿Quieres un poco de té? Enseguida caliente el agua...

Él la detuvo:

—No, deja. No quiero nada.

Tatiana recogió la labor, que se le había caído al suelo, volvió a sentarse y a mover las brillantes agujas con rapidez.

—Hacia mucho tiempo que no venías a vernos...

Por toda respuesta, el hombre acercó las manos a la estufa.

—¿Tienes frío, Nicolás Alexandrovich?

Él cruzó los brazos sobre el pecho con un leve escalofrío. Ella exclamó como cuando era pequeño:

—¿Ya has vuelto a enfriarte?

—Claro que no, mi vieja.

Tatiana negó con la cabeza descontenta, pero no dijo nada. El hombre miró la cama de Andréi.

—¿Duerme?

—Sí. ¿Quieres verlo?

Se levantó, tomó la vela y se acercó a Nicolás. Él no se movió. La anciana se inclinó y acto seguido le puso la mano en el hombro.

–Nicolás... Kolinka...

–Déjame –murmuró él. Ella se apartó en silencio.

Era mejor no decir nada. Sin embargo, ¿delante de quién podría dejar él correr las lágrimas si no ante ella? Porque la pobre Helena Vasilievna... Más valía callarse. Ella retrocedió despacio hacia la oscuridad y murmuró:

–Espérame. Voy a preparar un poco de té, eso nos entonará a los dos.

Cuando volvió, Nicolás Alexandrovich parecía más calmado. Con un movimiento mecánico accionaba la manecilla de la estufa, de la que caía la cascarilla con un leve ruido de arena.

–Mira, Tatiana... ¿Cuántas veces te he dicho que mandes tapar estos agujeros? Mira, mira... –dijo, señalando una cucaracha que corría por el piso–. Salen de ahí. ¿Te parece higiénico para una habitación de niños?

–Sabes muy bien que son señal de prosperidad en una casa –respondió ella, levantando los hombros–. A Dios gracias, aquí siempre las hubo, y aquí te has criado tú y otros antes que tú. –Le puso en las manos la taza de té que había traído y la removió con la cucharita–. Bébetelo mientras está caliente. ¿Tiene bastante azúcar?

Él no respondió. Con expresión cansada y ausente bebió un sorbo y, de pronto, se levantó.

–Bien... Buenas noches. Que reparen la estufa, ¿me oyes?

–Como quieras.

–Alúmbrame.

Ella tomó la vela, y lo acompañó hasta la puerta; bajó delante de él los tres peldaños del umbral, cuyos ladrillos rojos bailaban medio sueltos y vencidos hacia un lado, como hundidos por un peso.

—Ve con cuidado. ¿Ya te vas a dormir?

—¿Dormir? Estoy triste, Tatiana, tengo el alma triste...

—Dios los protegerá, Nicolás Alexandrovich. Se muere en la cama. Dios protege al cristiano en medio de las balas.

—Lo sé, lo sé...

—Hay que tener confianza en Dios.

—Lo sé —repitió él—. Pero no es solo eso...

—Entonces, ¿qué, *barin*?

—Todo va mal, Tatiana. Tú no puedes comprenderlo. La anciana asintió con la cabeza.

—Ayer también se llevaron a mi sobrino nieto, el hijo de mi sobrina de Sujarevo, a esta maldita guerra. Es el único hombre de la familia, puesto que al mayor lo mataron en Pentecostés. Solo quedan una mujer y una niña pequeña, de la edad de nuestro Andréi... ¿Cómo van a cultivar los campos? Nadie se libra de la desgracia.

—Sí, son malos tiempos. Quiera Dios...

—Bien, vamos... —la interrumpió él—. Buenas noches, Tatiana.

—Buenas noches, Nicolás Alexandrovich.

La anciana esperó inmóvil a que cruzara el salón, atenta al crujido del parquet bajo sus pies. Luego abrió la pequeña trampa practicada en la ventana. Una ráfaga helada sopló con violencia, levantando su chal y los revueltos mechones de su pelo. Cerró los ojos y sonrió. Había nacido en una lejana propiedad de los Karin, al

norte de Rusia, y para ella nunca soplaban demasiado viento ni había demasiado hielo.

«En mi tierra, rompíamos en primavera el hielo con los pies desnudos, y aún hoy sería capaz de hacerlo», solía decir.

Cerró la trampilla. No se oía más el silbido del viento. Solo permanecía el tenue ruido del yeso al desprenderse de las viejas paredes con un susurro de reloj de arena, y el sordo y profundo crujido de las viejas maderas, roídas por las ratas.

Tatiana Ivanovna volvió a su habitación, rezó largo rato y se desvistió. Era tarde. Apagó la vela, suspiró y dijo varias veces en voz alta, en el silencio: «Dios mío, Dios mío...». Y se durmió.

3

Después de cerrar las puertas de la casa vacía, Tatiana Ivanovna subió al pequeño mirador instalado en el tejado. Era una silenciosa noche de mayo, ya cálida y suave. Sujarevo ardía: las llamas se veían con nitidez y se oían gritos lejanos traídos por el viento.

Los Karin habían huido en enero de 1918, cinco meses atrás, y desde entonces todos los días Tatiana Ivanovna había visto en el horizonte pueblos incendiados, que se apagaban y volvían a arder a medida que pasaban de manos de los Rojos a los Blancos, y de nuevo a los Rojos. Pero el incendio nunca había estado tan cerca como aquella noche: el resplandor iluminaba el parque abandonado de tal modo que podían verse hasta las lilas del sendero principal, que habían florecido el día anterior. Los pájaros, engañados por la claridad, volaban como en pleno día. Los perros aullaban. Luego, el viento cambió

de dirección y se llevó el fragor y el olor del fuego. El viejo parque volvió a quedar a oscuras, en silencio, y el aroma de las lilas inundó el aire.

Tatiana Ivanovna esperó unos instantes y con un suspiro descendió la escalera. Abajo se habían retirado las alfombras y cortinas de las habitaciones. Las ventanas habían sido clausuradas con tablas y aseguradas con barras de hierro. La platería estaba guardada en el sótano, en el fondo de los baúles, y ella había mandado enterrar la valiosa porcelana en la parte antigua, abandonada, del huerto. Algunos campesinos habían ayudado, convencidos de que toda aquella riqueza acabaría en sus manos. Ahora la gente ya no se preocupaba del prójimo más que para apoderarse de sus bienes. Así que no dirían nada a los comisarios de Moscú y más tarde, ya se vería... Además, sin ellos no habría podido hacerlo. Estaba sola; los criados se habían ido hacía tiempo. El cocinero Antipas, el último en dejarla, había permanecido con ella hasta marzo, cuando había muerto. El hombre tenía la llave de la bodega, y no necesitaba más.

«Deberías beber, Tatiana –le decía–. El vino consuela de todas las miserias. Mira, estamos solos, abandonados como perros, pero no me importa. Mientras tenga vino, todo me da igual».

Pero a ella nunca le había gustado beber. Una noche, durante una de las últimas tormentas de marzo, mientras estaban sentados en la cocina, él había empezado a divagar, a recordar los tiempos en que fue soldado.

–Los jóvenes no son tan tontos, con su revolución... Cada uno a su turno... Bastante nos han chupado la sangre esos sucios cerdos, esos malditos *barin*.

Ella no respondió nada. ¿Para qué? Él había amenazado con prender fuego la casa, vender las joyas y los iconos escondidos. Había delirado un rato así y de repente soltó una especie de aullido plañidero:

–¡Alexander Kirilovich! ¿Por qué nos dejaste, *barin*?

De su boca brotó una ola de vómitos, sangre negra y alcohol. Agonizó durante horas y murió al amanecer.

Tatiana Ivanovna aseguró las puertas del salón con las cadenas de hierro y salió a la terraza por la pequeña puerta escondida de la galería. Las estatuas seguían metidas en sus cajas de tablas; las habían encerrado en ellas en setiembre de 1916 y allí se habían quedado. Miró la casa. El delicado color amarillo de la piedra estaba ennegrecido por la nieve derretida; bajo las hojas de acanto, el estuco se desprendía y mostraba manchas blancuzcas, como marcas de bala. El viento había roto algunos cristales del invernadero de los naranjos. Si Nicolás Alexandrovich lo viera... Echó a andar por el sendero, pero enseguida se detuvo, llevándose las manos al corazón. Ante ella había una figura humana. Por unos instantes miró, sin reconocerlo, aquel rostro pálido, extenuado, bajo la gorra militar.

–¿Eres tú? –preguntó con voz temblorosa–. Eres tú, Yurochka...

–Sí, claro –respondió él con una expresión extraña, indecisa y fría–. ¿Podrías esconderme esta noche?

–Quédate tranquilo –dijo ella, como en otro tiempo. Entraron en la casa y se dirigieron a la cocina desierta. Ella encendió una vela que iluminó la cara de Yuri.

–¡Cómo has cambiado, Dios mío! ¿Estás enfermo?

–Tuve el tifus –respondió Yuri con voz apagada y enronquecida–. Estuve enfermo como un

perro, bien cerca de aquí, en Temnaia... Pero no me animaba a comunicarme contigo. Estoy bajo amenaza de arresto y posible pena de muerte –agregó con la misma inflexión fría y monótona–. Tengo sed...

Ella le sirvió agua y se arrodilló para desatar los trapos sucios y ensangrentados que envolvían sus pies descalzos.

–He caminado mucho –murmuró él.

–¿Por qué has venido? –le preguntó ella, alzando la cabeza–. Aquí los campesinos se han vuelto insensatos.

–¡Ah! Es igual en todas partes... Cuando salí de la cárcel, mis padres ya se habían marchado a Odesa. ¿Adónde ir? La gente va y viene, unos van hacia el norte, otros hacia el sur... –Se encogió de hombros–. Es igual en todas partes –repitió con indiferencia.

–¿Estuviste en la cárcel? –murmuró ella juntando las manos.

–Seis meses.

–¿Por qué?

–Solo el diablo lo sabe. –Calló y se quedó inmóvil un momento. Después prosiguió con esfuerzo:– Salí de Moscú... Un día, subí a un tren ambulancia, y los enfermeros me escondieron. Todavía tenía dinero... Viajé con ellos diez días. Después caminé. Pero había contraído el tifus. Me desplomé en un campo, cerca de Temnaia. Una gente me recogió. Me quedé con ellos un tiempo, pero al final, como se acercaban los Rojos, tuvieron miedo y tuve que marcharme.

–¿Dónde está Kiril?

–Lo encarcelaron conmigo. Pero consiguió escapar y reunirse con nuestros padres en Odesa. Cuando todavía

estaba en la cárcel, consiguieron hacerme llegar una carta. Al salir, hacía tres semanas que se habían ido. Nunca he tenido suerte, mi vieja Nianiuchka —dijo sonriendo con un aire irónico y resignado—. Ni siquiera en la cárcel: Kiril estaba en una celda con una bella joven, una actriz francesa, y yo con un viejo judío. —Se echó a reír, pero calló como sorprendido del acento sordo y roto de su risa. Entonces apoyó la cara en la mano y murmuró—: Estoy feliz de estar en casa, Nianiuchka...

Y se quedó dormido.

Durmió varias horas mientras ella, sentada enfrente, lo miraba sin moverse; las lágrimas resbalaban por su vieja cara pálida. Más tarde lo despertó, lo hizo subir a la habitación de los niños y lo ayudó a acostarse. Deliraba un poco. Hablaba en voz alta y tocaba cada tanto el espacio entre los barrotes de la camita de Andréi, donde había estado colgado el icono, y había todavía un calendario sobre la pared, adornado con un retrato en color del zar, como en su infancia.

Señalaba con el dedo la hoja del 18 de mayo de 1918, y repetía: «No lo entiendo, no lo entiendo...».

Después miró sonriendo la persiana, que se balanceaba con suavidad, el parque, los árboles iluminados por la luna, y ese lugar junto a la ventana donde el viejo piso de madera formaba una ligera depresión. La débil claridad de la luna la ampliaba y removía, oscilaba como una mancha de leche. Cuántas veces, mientras su hermano dormía, se había levantado para quedarse allí, sentado en el suelo, escuchando el acordeón del cochero, las risas ahogadas de los sirvientes... El perfume de las lilas era muy intenso, como esa noche. Incluyó la cabeza y buscó instintivamente el sonido quejumbroso del

acordeón en el silencio. Pero solo un gruñido suave y débil atravesaba el aire, por momentos. Se incorporó en la cama y tocó el hombro de Tatiana Ivanovna, sentada junto a él en la penumbra.

—¿Qué es eso?

—No lo sé. Se oye desde ayer. Truenos, la tormenta de mayo, quizá.

—¿Eso? —dijo Yuri, y de pronto se echó a reír fijando los ojos dilatados, que la fiebre aclaraba y hacía arder con una especie de dura luz—. ¡Es un cañón, mi vieja! Ya me decía yo... Era demasiado bonito... —Murmuró unas frases confusas, entrecortadas por la risa, y luego añadió con voz más clara—: Morir tranquilo en esta cama, estoy cansado...

Por la mañana, la fiebre había bajado. Quiso levantarse, salir al parque, respirar el aire de la primavera, tibio y puro, como antes... Eso era lo único que no había cambiado. El parque abandonado, lleno de yuyos, tenía un aspecto miserable y triste. Entró en el pequeño pabellón, se tumbó en el suelo y empezó a jugar distraídamente con los pedazos de vitral, mirando la casa a través de ellos. En la cárcel, mientras esperaba a que lo ejecutaran en cualquier momento, una noche había visto la casa en sueños, como la veía ahora, desde las ventanas del pabellón, pero abierta, con las terrazas llenas de flores. Había escuchado incluso, en el sueño, a las palomas que se paseaban por el tejado. Se había despertado, sobresaltado, y había pensado: «Mañana me matan, seguro. Solo se puede recordar así justo antes de morir...».

La muerte... No lo asustaba. Pero irse en medio de este caos de la revolución, olvidado por todos, abandonado... Qué absurdo, todo... Bueno, aún no estaba

muerto, ¿quién sabe?... Tal vez todavía podría salvarse. La casa... Había creído que no volvería a verla, y allí estaba. Y también aquellos vidrios coloridos, que el viento siempre rompía y con los que jugaba de niño imaginándose las colinas de Italia, seguramente por su color violáceo de la sangre y el vino tinto. Tatiana Ivanovna entraba y le anunciaba: «Tu madre te llama, corazón».

Tatiana Ivanovna entró con un plato de papas y pan.

—¿Cómo te las arreglas para comer? —le preguntó él.

—A mi edad, una no necesita gran cosa. Siempre he tenido papas, y a veces en el pueblo hay pan. No me ha faltado nada. —Se arrodilló junto a él y le dio de comer y beber como si estuviera demasiado débil para llevarse los alimentos a la boca—. Yuri... ¿y si te fueras ahora?

Él frunció el entrecejo y la miró sin responder. Ella le dijo:

—Podrías ir caminando hasta la casa de mi sobrino. Él no te hará daño. Si tienes dinero, te ayudará a conseguir caballos y podrás llegar a Odesa. ¿Está lejos?

—Tres, cuatro días en tren, en época normal. Pero ahora... Dios lo sabe.

—¿Qué otra cosa puedes hacer? Dios te ayudaría. Podrías reunirte con tus padres y darles esto. No he querido confiárselo a nadie —dijo ella, mostrándole el dobladillo de la falda—. Son los diamantes del collar grande de tu madre; antes de irse me dijo que los escondiera. No pudieron llevarse nada; se marcharon la noche en que los Rojos tomaron Temnaia, y ellos temían que los detuvieran. ¿Cómo viven ahora?

—Mal, sin duda —respondió él, y se encogió de hombros con cansancio—. Bueno, mañana veremos. Pero no te ilusiones; es igual en todas partes. Y aquí al menos

los campesinos me conocen. Nunca les he hecho ningún mal...

–¿Quién puede saber lo que tienen en el alma esos desgraciados? –masculló ella.

–Mañana, mañana... –repitió Yuri cerrando los ojos—. Mañana veremos. Aquí se está tan bien, Dios mío...

Así transcurrió el día. Al anoecer, Yuri volvió a la casa. Era un bello crepúsculo, tan límpido y tranquilo como el de la víspera. Dio un rodeo y pasó junto al estanque. En otoño los arbustos que lo circundaban se habían deshojado, y aún estaba cubierto de una espesa capa de hojas secas atrapadas bajo el hielo. Las lilas caían en una lluvia ligera; en algunos puntos, se veía apenas el agua negra, que relucía débilmente.

Entró y volvió a subir a la habitación de los niños. Tatiana Ivanovna había puesto la mesa delante de la ventana abierta. Yuri reconoció uno de los mantelitos de tela fina usados cuando los niños comían en su habitación, durante las breves enfermedades, y el tenedor, el viejo cuchillo de mango rojo, el cubilete sin brillo...

–Come y bebe, corazón. Te he subido una botella de la bodega, y antes te encantaban las patatas asadas a las brasas...

–Desde entonces, he perdido el gusto –respondió él riendo—. Pero gracias de todas formas, mi vieja.

Caía la noche. Yuri encendió una vela y la puso en un extremo de la mesa. La llama, recta y transparente, ardía en la noche tranquila. Qué silencio. Él preguntó:

–Nianiuchka ¿Por qué no te fuiste con mis padres?

–Alguien tenía que quedarse para cuidar la casa.

–¿Tú crees? –dijo él con una especie de ironía melancólica—. ¿Y para quién, Dios mío?

Se calló. Y volvió a preguntar:

–¿No te gustaría reunirte con ellos?

–Iré si me llaman. Encontraría el camino. Jamás he sido torpe ni tonta, gracias a Dios. Pero ¿qué sería de esta casa? –Se interrumpió y, bajando la voz, dijo–: ¡Escucha...!

Abajo estaban llamando. Ambos se levantaron precipitadamente.

–¡Escóndete, Yuri! ¡Escóndete, por amor de Dios!

Yuri se acercó a la ventana y miró fuera con precaución. Había salido la luna. Reconoció al muchacho, parado en mitad del sendero.

–¡Yuri Nicolaievich! ¡Soy yo, Ignat!

Se trataba de un joven cochero que se había criado en la casa de los Karin. De pequeño, Yuri había jugado con él. Era el que cantaba en el parque, acompañándose con el acordeón, las noches de verano. «Si este quiere hacerme algo –se dijo Yuri–, al diablo con todo, y yo el primero». Asomándose a la ventana, gritó:

–¡Sube, muchacho!

–No puedo, la puerta está trancada.

–Baja a abrirle, Niania. Está solo.

–Pero ¿qué has hecho, desgraciado? –susurró ella.

Él hizo un gesto con la mano:

–Lo que tenga que ser, será. Además, me había visto. Anda, baja a abrirle, mi vieja.

Ella permanecía inmóvil, de pie, muda y temblorosa. Yuri avanzó hacia la puerta. Entonces ella lo detuvo; de repente la sangre le había vuelto a las mejillas.

–¿Qué haces? No eres tú quien ha de bajar a abrirle al cochero. Espera aquí.

Él se encogió de hombros y volvió a sentarse. Cuando ella reapareció seguida por Ignat, se levantó y se acercó a ellos.

—Buenas noches. Me alegro de volver a verte.

—Lo mismo digo, Yuri Nicolaievich —respondió el joven, sonriendo. Tenía un rostro agradable, redondo y sonrosado.

—Tú no has pasado hambre, ¿eh?

—Dios me ha ayudado, *barin*.

—¿Aún tocas el acordeón?

—A veces.

—Espero volver a oírte. Me quedará algún tiempo...

Ignat no respondió; seguía sonriente, mostrando sus grandes dientes brillantes.

—¿Quieres beber algo? Sírvele vino, Tatiana.

La anciana obedeció de mala gana. El joven bebió.

—¡A su salud, Yuri Nicolaievich!

Se quedaron callados. Tatiana Ivanovna avanzó unos pasos.

—Está bien, ahora vete. El joven *barin* está cansado.

—Aun así, tiene que acompañarme al pueblo, Yuri Nicolaievich...

—¡Ah! ¿Por qué? —murmuró Yuri bajando instintivamente la voz—. ¿Por qué, muchacho?

—Es necesario.

De pronto, Tatiana amagó abalanzarse sobre él y Yuri advirtió en su rostro habitualmente pálido y tranquilo una fugaz expresión tan salvaje, tan extraña, que se estremeció.

—No te metas —dijo casi con desesperación—. Calla, te lo suplico. No pasa nada...

—¡Ah, maldito demonio, hijo de perra! —gritó sin escucharlo, con las nudosas manos tendidas como garras—. ¿Crees que no leo en tus ojos lo que piensas? ¿Y quién eres tú para darle órdenes a tu señor?

El joven se volvió hacia ella con expresión demudada y la observó con ojos centelleantes. Luego pareció calmarse, y dijo con indiferencia:

—Cállate, abuela. En el pueblo hay gente que desea ver a Yuri Nicolaievich, eso es todo.

—¿Sabes al menos qué quieren de mí? —preguntó Yuri. De pronto se sentía cansado, con un único y profundo deseo en su corazón: acostarse y dormir durante mucho tiempo.

—Hablar sobre el reparto del vino. Hemos recibido órdenes de Moscú.

—¡Vaya! ¿Se trata de eso?... Te ha gustado mi vino... Pero podrían esperar hasta mañana, ¿no te parece?

Fue hacia la puerta, seguido por Ignat. Se detuvo en el umbral. El cochero pareció dudar un instante, pero de repente, con el mismo gesto con que en otros tiempos asía el látigo, se llevó la mano a la cintura, sacó el máuser y disparó dos veces. El primer tiro alcanzó a Yuri entre los omóplatos; soltó una especie de grito de asombro acompañado de un gemido. La segunda bala le penetró en la nuca y lo mató en el acto.

4

Un mes después de la muerte de Yuri, un primo de los Karin, un anciano medio muerto de hambre y cansancio que iba de Odesa a Moscú en busca de su mujer desaparecida durante los bombardeos de abril, pernoctó en la casa. Le dio noticias a Tatiana Ivanovna y la dirección

de Nicolás Alexandrovich y los suyos. Estaban bien de salud, pero vivían miserablemente.

—Si pudieras encontrar a un hombre de confianza —dudó— para llevarles lo que dejaron aquí...

La vieja partió hacia Odesa con las joyas ocultas en el dobladillo de la falda. Durante tres meses caminó sin descanso a lo largo de las rutas, como en su juventud, cuando iba en peregrinación a Kiev, aunque a veces en ese entonces subía a alguno de los trenes llenos de gente famélica que empezaba a dirigirse al sur. Una noche de setiembre llegó a casa de sus señores. Los Karin jamás olvidarían el instante en que abrieron la puerta y la vieron, apurada pero serena, con el hatillo a la espalda y los diamantes golpeándole las piernas cansadas; ni olvidarían su pálido rostro, que parecía haberse quedado sin sangre, ni su voz cuando les anunció la muerte de Yuri.

Vivían en el barrio del puerto, en una habitación oscura, con bolsas de papas colgadas en las ventanas para amortiguar el impacto de las balas. Helena Vasilievna estaba acostada en un jergón extendido en el suelo y Lulú y Andréi jugaban a las cartas a la luz del infiernillo, donde se consumían tres trozos de carbón. Había empezado el frío, y el viento penetraba por las ventanas rotas. Kiril dormía en un rincón y Nicolás Alexandrovich había iniciado la que iba a ser la principal ocupación de su vida: caminar de una pared a otra con las manos enlazadas a la espalda, pensando en lo que nunca iba a volver.

—¿Por qué lo mataron? —preguntó Lulú—. ¿Por qué, Dios mío, por qué? —Las lágrimas le resbalaban por la cara cambiada, envejecida.

—Temían que hubiera vuelto para reclamar las tierras. Pero decían que Yuri siempre había sido un buen *barin*

y que había que ahorrarle la miseria de un juicio y una ejecución, que era mejor matarlo así...

—¡Cobardes! ¡Perros! —gritó Kiril de pronto—. ¡Dispararle por la espalda...! ¡Malditos campesinos! ¡No los azotamos bastante en nuestro tiempo! —le mostró el puño a la anciana con una especie de odio—. ¿Lo oyes? ¿Lo oyes?

—Lo oigo —respondió Tatiana Ivanovna—. Pero ¿de qué sirve lamentar que haya muerto así o de otra manera? Dios lo recibió en su seno, aun sin los sacramentos; lo vi en la paz de su rostro. Que Él nos conceda a todos una muerte tan serena. No se dio cuenta de nada, no sufrió.

—¡Ah, tú no lo entiendes!

—Es mejor así —insistió la anciana.

Fue la última vez que pronunció el nombre de Yuri en voz alta. Respecto a él, parecía haber cerrado sus viejos labios para siempre. Cuando los demás lo mencionaban, no respondía; muda y fría, miraba el vacío con una especie de glacial desesperación.

El invierno fue extremadamente duro. Apenas tenían comida y ropa. Lo único que de vez en cuando les permitía conseguir algo de dinero eran las joyas traídas por Tatiana Ivanovna. La ciudad ardía; la nieve caía lentamente cubriendo las calcinadas vigas de las casas destruidas, los cadáveres de la gente y los caballos despedazados. En otros momentos, la ciudad cambiaba; llegaban partidas de carne, de fruta y caviar... solo Dios sabía cómo. Cesaban los cañonazos y la vida, precaria y embriagadora, recuperaba el pulso. Embriagadora... eso solo lo sentían Kiril y Lulú. El recuerdo de ciertas noches, de paseos en barca con amigos de su edad, el

sabor de los besos, del viento que al amanecer agitaba las olas del Mar Negro, jamás se borrarían de su memoria.

Pasó el largo invierno, pasó un verano, y el siguiente invierno, durante el que la hambruna fue tal que enterraban a los recién nacidos a montones, en sacos viejos. Los Karin sobrevivieron. En mayo consiguieron embarcarse en el último barco francés que abandonaba Odesa, llegar a Constantinopla y luego a Marsella.

Bajaron en el puerto de Marsella el 28 de mayo de 1920. En Constantinopla habían vendido las últimas joyas y todavía les quedaba algo de dinero, que llevaban cosido a los cinturones como era su costumbre. Iban vestidos con harapos y tenían un aspecto extraño, mísero, hosco, atemorizador. Con todo, los niños parecían alegres; reían con una especie de sombría liviandad que hacía sentir a los adultos aún más su propio cansancio.

El aire límpido de mayo estaba cargado de un olor a flores y a pimienta. La gente caminaba sin prisas, se paraba en las vidrieras, riendo y alzando la voz; las luces, la música de los cafés, todo les parecía un extraño sueño.

Mientras Nicolás Alexandrovich reservaba las habitaciones en el hotel, los niños y Tatiana Ivanovna se quedaron unos instantes en la calle. Lulú, con el pálido rostro levantado y los ojos cerrados, aspiraba el aire perfumado del atardecer. Los grandes globos eléctricos daban a la calle una luz difusa y azulada. Las mimosas agitaban sus delgadas ramas. Pasaron unos marineros, que miraron riendo a la linda muchacha inmóvil. Uno de ellos le lanzó una ramita de mimosa.

—Qué país tan hermoso, tan encantador... —murmuró ella, echándose a reír—. Es un sueño, Nianiuchka... Mira...

Pero la anciana, sentada en un banco, la blanca cabeza envuelta en su mantón y las manos cruzadas sobre las rodillas, parecía dormir. Lulú vio que sus ojos permanecían abiertos y miraban, fijos, al frente.

—¿Qué te pasa, Nianiuchka? —le dijo tocándole el hombro.

Sobresaltada, Tatiana Ivanovna se levantó. En ese momento, Nicolás Alexandrovich les hizo señas desde la puerta del hotel.

Entraron y atravesaron lentamente el hall, sintiendo en sus espaldas las miradas curiosas. Las espesas alfombras, a las que ya no estaban acostumbrados, parecían pegárseles a las suelas como engrudo. En el restaurante tocaba una orquesta. Se detuvieron, escucharon aquella música de jazz que oían por primera vez, con una mezcla de vago temor y absurdo embeleso. Era otro mundo...

Entraron en sus habitaciones y permanecieron un buen rato asomados a las ventanas, viendo pasar los coches en la calle.

—¡Salgamos, salgamos! —repetían los niños—. Vayamos a un café, al teatro...

Se bañaron, se cepillaron la ropa y se precipitaron hacia la puerta. Nicolás Alexandrovich y su mujer los seguían más despacio, cansadamente, pero con la misma sed de aire y libertad.

Al llegar al umbral, Nicolás Alexandrovich se volvió. Lulú había apagado la luz. Se habían olvidado de Tatiana Ivanovna, sentada delante de la ventana. La luz de un

farol de gas, alzado delante del pequeño balcón iluminaba su cabeza gacha. Estaba inmóvil y parecía esperar.

—¿Vienes con nosotros, Nianiuchka? —le preguntó Nicolás. Ella no respondió—. ¿No tienes hambre?

Tatiana negó con la cabeza y se levantó de pronto, retorciendo nerviosamente los flecos de su chal.

—¿Debo deshacer las maletas de los niños? ¿Cuándo nos vamos?

—Pero si acabamos de llegar... —dijo Nicolás Alexandrovich—. ¿Por qué quieres marcharte?

—No sé —murmuró ella, con expresión ausente y fatigada—. Yo pensaba... —Suspiró hondo, abrió los brazos y dijo en voz baja—: Está bien.

—¿Quieres venir con nosotros?

—No, gracias, Helena Vasilievna —contestó con esfuerzo—. No, de verdad.

Se oía a los niños corriendo por el pasillo. Sus padres se miraron en silencio y suspiraron. Después, Helena hizo un gesto de cansancio con la mano, y salió. Nicolás la siguió y cerró la puerta con suavidad.

5

Los Karin llegaron a París al inicio del verano y alquilaron un pequeño apartamento amueblado en la rue del Arc-de-Triomphe. En esa época, la capital francesa había sido invadida por la primera oleada de emigrados rusos, que se habían instalado en Passy y en los alrededores de la place de l'Étoile, atraídos instintivamente por la cercanía del Bois de Boulogne. El calor era sofocante ese año.

El piso era pequeño, oscuro, asfixiante; olía siempre a humedad y a ropa vieja. Los techos bajos parecían pesar

sobre las cabezas. Desde las ventanas se veía el patio, estrecho y profundo, con muros encalados que reflejaban, implacables, el sol de julio. Por las mañanas, los Karin cerraban ventanas y postigos y se pasaban el día encerrados en sus cuatro habitaciones oscuras, intimidados por los ruidos de París, respirando con desagrado el tufo de los fregaderos y las cocinas que subía del patio. Iban y venían de una pared a otra en silencio, como las moscas de otoño, que, cuando el calor y la luz del verano llegan a su fin, revolotean con torpeza contra los cristales, irritadas y cansadas, arrastrando sus alas muertas.

Tatiana Ivanovna, sentada todo el día en el pequeño lavadero, en un extremo de la vivienda, remendaba la ropa. De vez en cuando la criada para todo, una muchacha normanda, fresca, sonrosada y robusta como un percherón, entreabría la puerta y gritaba «¿No se aburre?», imaginándose que la extranjera la entendería mejor si le hablaba vocalizando bien como se hace con los sordos, y su estentórea voz hacía temblar la tulipa de porcelana de la lámpara.

Tatiana Ivanovna negaba vagamente con la cabeza, y la criada seguía provocando estrépito con las cacerolas.

A Andréi lo habían enviado a estudiar como interno a Bretaña, a la orilla del mar. Kiril se marchó poco después. Se había reencontrado con su compañera de celda, la actriz francesa que en 1918 había estado prisionera con él en San Petersburgo, y que ahora vivía ricamente como mantenida. Era una chica bonita y generosa, una rubia de cuerpo hermoso y exuberante, que estaba loca por él. Eso simplificaba la vida del muchacho. Pero cuando volvía a casa, a veces al amanecer, le daba por asomarse a la ventana y mirar el patio deseando caer inerte sobre

aquellos adoquines rosáceos y haber acabado para siempre con todo, el amor, el dinero y sus complicaciones.

Luego se le pasaba. Se compraba ropa buena. Bebía. A finales de julio, se fue a Deauville con su amante.

En París, al atardecer, cuando el calor aflojaba, los Karin salían para ir al Bois, al pabellón Dauphine. Los padres se quedaban allí, escuchando con aire melancólico el sonido de las orquestas, recordando las islas y los jardines de Moscú, mientras Lulú con otras muchachas y muchachos paseaban a lo largo de los oscuros senderos recitando versos y jugando al juego del amor.

Lulú tenía veinte años. Era menos bonita que antes; estaba delgada, se movía con la brusquedad de un chico y tenía la piel morena, áspera, quemada por el viento de la larga travesía, y una expresión extraña, cansada y cruel. Le había gustado aquella vida agitada, precaria y azarosa, y ahora le encantaban esos paseos durante los atardeceres de París y las largas, silenciosas, veladas en los bistrós, los cafetines llenos de gente, con su olor a humedad y alcohol y el ruido de los billares en la sala del fondo. A medianoche se iban a casa de uno o de otro, donde seguían bebiendo y acariciándose en la penumbra. Los padres dormían; oían vagamente la música del gramófono hasta el amanecer. No veían nada, o no querían ver nada.

Una noche, Tatiana Ivanovna salió de su habitación para recoger la ropa, que se secaba en el cuarto de baño. La vispera la había dejado olvidada sobre el calentador, y tenía que zurcirle unas medias a Lulú. A veces trabajaba por la noche. No necesitaba dormir mucho, y a las cuatro o las cinco ya estaba en pie, vagando en silencio por las habitaciones. Nunca entraba en el salón.

Esa noche, oyó pasos y voces en el vestíbulo. Los chicos debían haberse ido hacía rato, sin duda... Vio luz bajo la puerta del salón. «Otra vez se les ha olvidado apagarla», pensó. Abrió y, recién entonces oyó el gramófono, amortiguado por una muralla de cojines: la música, baja, ahogada, parecía pasar a través de una espesura de agua. La habitación estaba casi a oscuras. Solo una lámpara, cubierta con una tela roja, iluminaba el diván donde Lulú, tumbada y con el vestido desabrochado sobre el pecho, parecía dormir abrazada a un chico de rostro pálido y delicado. La vieja se acercó. En efecto, estaban dormidos, con los labios todavía juntos y las caras pegadas. Un olor a alcohol y un humo espeso llenaban la habitación; por el suelo había copas, botellas vacías, ceniceros llenos, discos y almohadones que aún conservaban impresa la forma de los cuerpos.

Lulú se despertó, miró fijamente a Tatiana Ivanovna y sonrió. Sus dilatados ojos, enturbiados por el vino y la fiebre, tenían una expresión de burlona indiferencia y enorme cansancio.

—¿Qué quieres? —preguntó en voz baja. Su larga cabellera desparramada colgaba sobre la alfombra. Al hacer un movimiento para incorporarse, profirió un quejido; la mano del chico le aferraba los revueltos cabellos. Se soltó con brusquedad y se sentó—. ¿Qué pasa? —repitió con impaciencia.

Tatiana Ivanovna miraba al muchacho. Lo conocía bien. De niño lo había visto con frecuencia en casa de los Karin. Era el príncipe Georg Andronikof; se acordaba de sus largos bucles rubios y sus cuellos de encaje.

—Sácalo de aquí ahora mismo, ¿me oyes?
—masculló, apretando los dientes, con la cara pálida y crispada.

—Está bien, pero calla... —aceptó Lulú encogiéndose de hombros—. Ya se va...

—Lulichka... —murmuró la anciana.

—Sí, sí... Pero que no te oigan, por amor de Dios. —
Detuvo el gramófono, encendió un cigarrillo, lo tiró casi al instante y pidió lacónicamente—: Ayúdame.

En silencio, las dos recogieron las colillas y las copas vacías y pusieron el salón en orden. Lulú abrió las ventanas y respiró con avidez el aire fresco que ascendía del patio.

—Qué calor, ¿eh? —comentó.

La vieja niñera no respondió, desvió la mirada con una especie de hosco pudor. Lulú se sentó en el alféizar de la ventana y empezó a balancearse con suavidad, canturreando. Se había despejado, pero parecía enferma. Sus demacradas mejillas asomaban pálidas bajo el maquillaje, borrado por los besos. Los grandes ojos, con oscuras ojeras, miraban al frente, profundos y vacíos.

—¿Qué es lo que te pasa, Niania? Todas las noches la misma cosa —dijo al fin con la voz enronquecida por el vino y el cigarrillo, pero tranquila—. ¿Y en Odesa, Dios mío? ¿Y en el barco? ¿No te diste cuenta de nada?

—Qué vergüenza... —murmuró la anciana entre asqueada y dolida—. ¡Qué vergüenza! Tus padres, que duermen ahí al lado...

—¿Y qué? Eso... No seas loca, Niania, no le hacemos daño a nadie. Bebemos un poco y nos besamos, ¿qué hay de malo? ¿Crees que mis padres no hacían lo mismo cuando eran jóvenes?

–No, hija mía.

–¿Ah, eso crees?

–Yo también fui joven, Lulichka. Hace mucho de eso, pero todavía recuerdo la sangre joven ardiendo en mis venas. ¿Crees que eso se olvida? Y me acuerdo de tus tías cuando tenían veinte años, como tú ahora. Era en Karinovka, en primavera... ¡Ah, qué tiempo hizo aquel año! Cada día, paseos por el bosque y el estanque. Y de noche, bailes en casa, o en las de los vecinos. Todas tenían un pretendiente y muchas veces se marchaban todos juntos a la luz de la luna, en troika. Tu difunta abuela decía: «En nuestra época...». Pero ¿y qué? Ellas sabían muy bien que había cosas permitidas y otras prohibidas. A veces venían por la mañana a mi habitación a contarme lo que había dicho este o aquel. Y un día se prometieron, y luego se casaron y vivieron con honestidad, con sus momentos de desdicha y su parte de felicidad, hasta el día que Dios las llamó a su seno. Murieron jóvenes, ya lo sabes; una de parto y la otra cinco años después, de unas malas fiebres. Y sí, me acuerdo. Teníamos los más bellos caballos de la región, y a veces tu padre, que entonces era un muchacho, y sus amigos se iban de cabalgata al bosque con tus tías y otras chicas jóvenes, acompañados por criados, que iban delante con las antorchas...

–Ya –dijo con amargura Lulú, mostrando con un gesto el triste y oscuro saloncito y el vodka barato en el fondo de la copa, que sostenía maquinalmente entre los dedos–. Es evidente que el escenario ha cambiado...

–No es eso lo único que ha cambiado –rezongó la anciana, y miró a Lulú con tristeza–. Hija, perdóname... No tiene por qué darte vergüenza decírmelo, si te he visto

nacer... Dime, al menos, ¿no habrás cometido pecado?
¿Aún eres virgen?

—¡Pues claro, mi vieja! —respondió Lulú, y se acordó de la noche del bombardeo en Odesa, que había pasado en casa del barón Rosenkranz, antiguo gobernador de la ciudad. El barón estaba en la cárcel y su hijo vivía solo allí. Los cañonazos habían empezado tan de repente que no le había dado tiempo a volver a casa y se había quedado toda la noche en el palacio desierto con Serguéi Rosenkranz. ¿Qué habría sido de él? Habría muerto, sin duda. El tifus, el hambre, una bala perdida, la cárcel... había dónde elegir. Qué noche... Los muelles ardían. Desde la cama, mientras se acariciaban, veían las manchas de petróleo deslizándose en llamas por el puerto. Ella recordaba la casa de enfrente, con la fachada en ruinas y las cortinas de tul ondeando en el vacío. Esa noche... la muerte había estado tan cerca...

—Claro, Nianiuchka... —repitió de manera mecánica.

Pero Tatiana Ivanovna la conocía bien. Negó con la cabeza en silencio, con los viejos labios apretados.

Georg Andronikoff gruñó, se volvió pesadamente y se despertó a medias.

—Estoy muy borracho —dijo en voz baja.

Fue tambaleándose hasta el sillón, hundió la cabeza entre los almohadones y se quedó inmóvil.

—Ahora trabaja todo el día en un garaje y se muere de hambre. Si no fuera por el vino y... lo demás, ¿para qué íbamos a vivir?

—Ofendes a Dios, Lulú.

De pronto, la joven escondió la cara entre las manos y estalló en sollozos desesperados.

–Nianuchka... ¡yo quisiera estar en casa! ¡En nuestra casa! –repitió retorciendo sus dedos con un gesto nervioso y extraño que la anciana no le conocía–. ¿Por qué nos han castigado de esta manera? ¡No hemos hecho nada malo!

Tatiana Ivanovna le acarició suavemente el cabello revuelto, impregnado de un olor pertinaz a humo y vino.

–Es la santa voluntad de Dios.

–¡Oh, me sacas de quicio! No sabes decir otra cosa... –Lulú se enjugó las lágrimas y levantó los hombros con brusquedad–. ¡Vamos, déjame! Vete. Estoy nerviosa y cansada. No les digas nada a mis padres. ¿Para qué? Los harías sufrir inútilmente y no impedirías nada, créeme. Nada. Eres demasiado vieja; no puedes entender.

6

Un domingo del mes de agosto, cuando volvió Kiril, los Karin encargaron una misa por el reposo del alma de Yuri. Fueron todos juntos paseando hasta la calle Daru. Hacía un día espléndido, el cielo estaba de un azul deslumbrante. En la avenida Des Ternes había una feria al aire libre, música ruidosa, polvo... Los paseantes miraban con curiosidad a Tatiana Ivanovna, con su chal negro alrededor de la cabeza y la larga falda.

La misa se celebraba en la cripta de la iglesia de la calle Daru. Las velas crepitaban con suavidad y, en los intervalos de los rezos, se oía gotear la cera candente sobre las losas.

–Por el descanso del alma del siervo de Dios, Yuri...

El sacerdote, un hombre viejo, de manos largas y temblorosas, hablaba bajo, con una voz suave y ahogada.

Los Karin rezaban en silencio. No pensaban en Yuri. Él ya estaba en paz; en cambio, a ellos les quedaba tanto camino por delante, un camino tan incierto y sombrío... «Dios mío, protégeme. Dios mío, perdóname...», rezaban. Arrodillada ante el icono que brillaba débilmente en la penumbra, solo Tatiana Ivanovna inclinaba la frente hasta rozar la fría losa pensando solo en Yuri, rezando por él y en nadie más, por su salvación y su eterno descanso.

Acabada la misa, de regreso a casa, compraron rosas frescas a una chica que pasaba, despeinada y sonriente. A los Karin empezaban a gustarles aquella ciudad y aquella gente. En las calles, cuando salía el sol, uno se olvidaba de todas las penas y sentía el corazón aligerado, sin saber por qué.

El domingo era el día libre de la criada. La comida fría estaba servida en la mesa. Apenas probaron bocado y luego Lulú puso las flores delante de una vieja foto de Yuri de cuando era niño.

—Qué mirada tan extraña tenía—comentó—. Nunca me había fijado. Una especie de indiferencia, de cansancio. Mírenlo...

—Siempre he notado esa mirada en los retratos de la gente que debía morir joven o de forma trágica—murmuró Kiril, con desazón—. Como si lo supieran de antemano y les diera igual. Pobre Yuri... era el mejor de todos nosotros.

Contemplaron en silencio la pequeña imagen, desvaída.

—Está tranquilo, es libre para siempre.—Lulú arregló las flores con esmero, prendió dos velas, las puso a cada lado del retrato, y se quedaron todos de pie, inmóviles,

tratando de pensar en Yuri. Pero no sentían más que una especie de tristeza glacial, como si hubiesen pasado largos años después de su muerte. Y solo habían pasado dos...

Helena Vasilievna retiró con cuidado el polvo que recubría el cristal, con un gesto maquinal, como quien enjuga unas lágrimas. De todos sus hijos, era a Yuri a quien menos había comprendido, a quien menos había querido. «Está con Dios –se dijo–. Es más feliz que los otros».

Llegaba la algarabía de la feria que se celebraba en la calle.

–Qué calor hace aquí –se quejó Lulú. Helena volvió la cabeza:

–Bueno, salgan, hijos, ¿qué quieren que haga? Vayan a tomar el aire y a ver la fiesta. Cuando tenía la edad de ustedes, prefería las ferias de Ramos en Moscú a las fiestas de la Corte.

–A mí también me gustan las ferias –dijo Lulú.

–Anda, ve entonces –repitió la madre con voz cansada.

Lulú y Kiril salieron. Nicolás Alexandrovich, de pie ante la ventana, miraba sin verlas las blancas paredes del patio. Helena Vasilievna suspiró. Cómo había cambiado su marido... Iba sin afeitarse y con una chaqueta vieja llena de manchas. Con lo buenmozo y encantador que había sido. ¿Y ella? Se miró con disimulo en un espejo y vio su rostro pálido, la hinchazón de la carne y la vieja bata de franela, desabrochada. Una vieja, Dios mío, era una vieja.

–Nianiuchka... –dijo de pronto.

Nunca la había llamado así. Tatiana Ivanovna, que se movía en silencio de mueble en mueble, colocando un objeto en su sitio y acomodando otro, le dirigió una mirada ausente, extraña.

—¿*Barinia*?

—Cómo hemos envejecido, ¿eh, mi pobre Tatiana? Pero tú no cambias. Por eso hace bien mirarte. No, realmente tú no cambias.

—A mi edad, ya no se cambia más que en el ataúd —dijo Tatiana con una débil sonrisa.

Helena Vasilievna vaciló, y luego murmuró bajando la voz:

—¿Aún te acuerdas de nuestra casa?

La anciana enrojeció de repente y alzó las temblorosas manos al aire.

—¿Si me acuerdo, Helena Vasilievna? Dios mío... ¡Podría decir dónde estaba cada cosa! Podría entrar y recorrerla con los ojos cerrados. Recuerdo cada vestido que usted se ponía, y los trajes de los niños, y los muebles, el parque... ¡Dios mío!

—El salón de los espejos, mi saloncito rosa...

—El canapé donde acostumbraba a sentarse cuando yo le bajaba los niños, las tardes de invierno...

—¿Y antes de eso? ¿Nuestro casamiento?

—Puedo ver todavía el traje que llevaba, los diamantes que tenía en el pelo. Era un vestido de moaré, con los encajes antiguos de la difunta princesa. ¡Ay, Dios mío! Lulichka no los tendrá iguales...

Se callaron las dos. Nicolás Alexandrovich miraba fijamente el patio sombrío; en su memoria volvía a ver a su mujer, tal como apareció ante él la primera vez, en aquel baile, cuando aún era la condesa Eletzkaia, con

su hermoso vestido de satén blanco y su cabello dorado. Cuánto la había amado... Pero iban a acabar juntos su vida... Eso era bello. Alcanzaría con que esas dos mujeres pudieran quedarse calladas... si no existieran esos recuerdos en el fondo del corazón, la vida sería soportable. Con esfuerzo habló entre dientes, sin girar la cabeza:

—¿Para qué? ¿Para qué? Se acabó. Eso no volverá. Que esperen otros, si quieren. Se acabó, se acabó—repite con una especie de rabia.

Helena Vasilevna le tomó la mano y, como en otros tiempos, se llevó los dedos pálidos a los labios.

—A veces, todo vuelve a surgir del fondo del alma... Pero no hay nada que hacer. Es la voluntad de Dios. Kolia, mi amigo, mi amor... Estamos juntos; lo demás... —Hizo un gesto vago con la mano. Se miraron en silencio buscando en el fondo del pasado otras huellas, otras sonrisas sobre sus caras envejecidas.

El salón estaba oscuro; hacía calor.

—Tomemos un taxi y vayamos a algún sitio esta noche, ¿quieres? —propuso Helena—. Hace tiempo, había un pequeño restaurante cerca de Ville-d'Avray, a la orilla del lago. Estuvimos allí en 1908, ¿te acuerdas?

—Sí.

—¿Existirá todavía?

—Puede ser —admitió él encogiéndose de hombros—. Siempre creemos que todo se hunde con nosotros, ¿verdad? Vayamos a ver.

Se levantaron y encendieron la luz. Tatiana Ivanovna estaba en el centro del salón, murmurando palabras incomprensibles.

—¿Te quedas aquí, Nianuchka? —le preguntó maquinalmente Nicolás Alexandrovich.

Ella pareció despertar. Sus labios temblorosos se movieron, como si les costara formar las palabras.

—¿Y adónde voy a ir? —dijo al fin. Cuando la dejaron sola, fue a sentarse ante el retrato de Yuri. Su mirada estaba fija en él, pero por su memoria también pasaban otras imágenes, más antiguas y olvidadas por todos. Rostros muertos, vestidos de más de medio siglo, habitaciones abandonadas... Se acordaba del primer grito de Yuri al nacer, agudo y dolorido... «Como si supiera lo que le esperaba —se dijo—. Los otros no lloraron así».

Luego se sentó ante la ventana y empezó a zurcir medias.

7

Los primeros meses de la vida de los Karin en París fueron calmos. Recién en otoño, cuando el pequeño Andréi volvió de Bretaña y hubo que pensar en establecerse, empezó a faltar el dinero. Las últimas joyas habían volado hacía tiempo. Quedaba un pequeño capital que podía durar dos, tres años. ¿Y después? Algunos rusos habían abierto restaurantes, cabarets nocturnos, pequeños comercios... Como tantos otros, con su último dinero los Karin compraron y amueblaron una tienda en el interior de un patio y comenzaron por vender los escasos cubiertos antiguos, encajes e iconos que habían podido llevar consigo. Al principio, nadie les compraba. En octubre, hubo que pagar el alquiler del piso. Luego, tuvieron que enviar a Andréi a Niza, pues el aire de París le provocaba asma. Pensaron en mudarse. Les ofrecían, cerca de la Puerta de Versalles, un piso más barato y

luminoso, pero solo tenía tres habitaciones y una cocina tan estrecha como un placard. ¿Dónde meterían a la vieja Tatiana? No podían hacerla subir al sexto piso, con sus cansadas piernas. Mientras se decidían, cada fin de mes se les hacía más difícil que el anterior. Las criadas se les iban una tras otra, incapaces de acostumbrarse a aquellos extranjeros que dormían de día y de noche comían, bebían y dejaban los platos sucios sobre los muebles del salón hasta la mañana siguiente.

Tatiana Ivanovna intentó realizar algunos pequeños trabajos de limpieza, pero había perdido fuerza y sus viejas manos ya no podían levantar los pesados colchones franceses ni la ropa blanca mojada.

Los chicos, ahora permanentemente cansados e irritados, la trataban de malos modos, la apartaban:

–Deja. Vete. Lo confundes todo. Rompes todo.

Y ella se alejaba sin decir nada. Por otra parte, no parecía oírlos. Se pasaba horas enteras inmóvil, con las manos cruzadas sobre las rodillas, mirando fijamente y en silencio el espacio. Estaba encorvada, casi totalmente doblada, y tenía la tez blancuzca, mortecina, con venitas azules, hinchadas, alrededor de los ojos. A menudo, cuando la llamaban, no respondía y se limitaba a apretar más su pequeña boca hundida. Pero no estaba sorda. Cada vez que alguien pronunciaba un apellido ruso, aunque fuera en voz baja o apenas lo susurrara, se estremecía y de pronto decía con una voz débil y calma: «Sí... El día de Pascua, cuando ardió el campanario de Temnaia...», o: «¿El pabellón? Ya, enseguida que ustedes partieron, el viento rompió los cristales. Me pregunto qué habrá sido de todo eso».

Y se volvía a callar y a mirar por la ventana los muros blancos y el cielo sobre los tejados.

—¿Cuándo llegará el invierno de una vez? —preguntaba—. ¡Ah, Dios mío, cuánto hace que no hemos tenido ni frío ni hielo! Qué largo es el otoño en este país. En Karinovka seguro que ya está todo blanco y el río, helado. ¿Te acuerdas, Nicolás Alexandrovich, de cuando tenías tres o cuatro años, y yo era joven, y tu difunta madre decía: «Tatiana, cómo se nota que eres del norte, hija mía. Con las primeras nieves, te vuelves loca». ¿Te acuerdas?

—No —murmuraba él, con aire cansado.

—Yo sí me acuerdo —rezongaba ella—. Y pronto no habrá nadie más que yo para recordarlo.

Los Karin no respondían. Todos tenían bastante con sus propios recuerdos, sus propias aprensiones y sus tristezas.

—Los inviernos de aquí no se parecen a los nuestros —comentó un día Nicolás Alexandrovich.

Ella se estremeció.

—¿Cómo es eso, Nicolás Alexandrovich? —preguntó.

—Ya lo verás —murmuró él. Ella lo miró fijamente y se quedó callada. Y, por primera vez, Nicolás Alexandrovich advirtió la expresión rara, desconfiada y extraviada de sus ojos—. ¿Qué ocurre, mi vieja?— le preguntó con dulzura.

Tatiana Ivanovna no respondió. ¿Para qué?

Todos los días miraba el almanaque, que anunciaba el comienzo de octubre, y observaba con atención los aleros de los tejados. Pero seguía sin nevar. No veía más

que la lluvia, los cielos oscuros y las secas y temblorosas hojas de otoño.

Ahora se pasaba el día sola. Nicolás Alexandrovich recorría la ciudad en busca de joyas y objetos antiguos para su tiendita; lograban vender unas pocas antigüedades y comprar otras.

En otros tiempos, había tenido colecciones de porcelanas preciosas y platos cincelados. Ahora, cuando regresaba al anochecer por los Champs Élysées con un paquete bajo el brazo, a veces se olvidaba de que lo que traía no era para su casa, que no había estado trabajando para sí mismo. Caminaba rápido, aspirando el olor de París, mirando las luces que brillaban en el crepúsculo, casi feliz y con el corazón pleno de una triste paz.

Lulú había conseguido un trabajo como modelo en una tienda de modas. La vida, insensiblemente, se organizaba. Llegaban tarde, agotados, trayendo de la calle, de su trabajo, una especie de excitación que durante un rato seguía manifestándose en forma de risas y palabras; pero la oscuridad de la vivienda y aquella anciana siempre muda, acababan descorazonándolos. Entonces cenaban a toda prisa, se acostaban y dormían sin soñar, rendidos tras la dura jornada.

8

Pasó octubre y empezaron las lluvias de noviembre. De la mañana a la noche, se oía el aguacero golpear ruidosamente sobre los adoquines del patio. En las habitaciones, el aire era denso y pesado. Por la noche, cuando se apagaban los radiadores, la humedad del exterior penetraba por las juntas del piso. Un desa-

gradable viento soplaba tras las pantallas de hierro de las chimeneas apagadas.

Durante horas enteras, sentada ante la ventana en el piso vacío, Tatiana Ivanovna miraba caer la lluvia, y las pesadas gotas que se deslizaban sobre los vidrios como un río de lágrimas. De una cocina a otra, por encima de las pequeñas fresqueras y de las cuerdas tendidas entre dos clavos donde se secaban los trapos, las criadas intercambiaban bromas y quejas en aquella lengua rápida que ella no entendía. Hacia las cuatro, los niños volvían de la escuela. Se oía el sonido de los pianos, que tocaban todos a la vez, y en cada mesa de comedor se encendía una lámpara. Luego, la gente corría las cortinas, y ella ya no oía más que el repiqueteo de la lluvia y el sordo rumor de las calles.

¿Cómo podían vivir encerrados en aquellas casas oscuras? ¿Cuándo llegaría la nieve?

Pasó noviembre y luego las primeras semanas de diciembre, apenas más frías. Las nieblas, los humos, las últimas hojas secas, pisoteadas, arrastradas por el agua... Después llegó Navidad. El 24 de diciembre, tras una cena ligera tomada a toda prisa en un extremo de la mesa, los Karin fueron a celebrar la Nochebuena a casa de unos amigos. Tatiana Ivanovna los ayudó a vestirse. Cuando le dijeron adiós antes de salir, al verlos arreglados como en otros tiempos se puso muy contenta. Nicolás Alexandrovich llevaba traje. Tatiana miró sonriendo a Lulú, con su vestido blanco y las largas trenzas recogidas en la nuca.

—¡Vamos, Lulichka, que esta noche, si Dios quiere, encontrarás novio!

La joven se encogió de hombros y se dejó besar sin decir nada. Se fueron. Andréi pasaba las vacaciones de Navidad en París. Llevaba la chaqueta, el pantalón corto azul y la gorra del instituto de Niza donde estudiaba. Parecía más alto y fuerte, y hablaba de un modo rápido y vivo, con el acento, los gestos y el argot de un chico nacido y criado en Francia. Era la primera vez que salía de noche con sus padres. Reía y canturreaba. Tatiana Ivanovna se asomó a la ventana y lo siguió con la mirada: iba saltando charcos.

La puerta cochera se cerró con un golpe seco. Volvía a estar sola. Suspiró. El viento, suave a pesar de la estación, saturado de una fina llovizna, le acariciaba la cara. Levantó la cabeza y miró maquinalmente el cielo. Entre los tejados, apenas se veía una franja oscura, de un extraño tono rojizo, como si la iluminara un fuego interior. En el edificio los gramófonos emitían músicas discordantes en distintos pisos.

—En nuestra casa... —murmuró, y se detuvo. ¿Para qué recordar? Eso había acabado hacía mucho tiempo. Todo había terminado, estaba muerto...

Cerró la ventana y volvió al apartamento. Alzaba la cabeza para inspirar el aire con una especie de esfuerzo y una expresión inquieta e irritada. Esos techos bajos la asfixiaban. Karinovka... La gran mansión, con sus enormes ventanales, por los que el aire y la luz penetraban a raudales, las terrazas, los salones, las galerías donde las noches de fiesta cincuenta músicos podían tocar cómodamente... Recordó la Nochebuena de la partida de Kiril y Yuri. Le parecía escuchar todavía el vals que tocaron en esa velada. Habían pasado cuatro años. Creía estar viendo las columnas, relucientes de hielo bajo la

luna. «Si no fuera tan vieja –pensó–, me pondría en camino de buena gana. Pero no sería lo mismo... No –murmuró– no sería lo mismo». La nieve... Cuando viera nevar, todo habría acabado. Se olvidaría de todo. Se acostaría y cerraría los ojos para siempre. –¿Viviré hasta entonces? –se preguntó.

Recogió con aire mecánico la ropa esparcida por las sillas y empezó a doblarla. Desde hacía un tiempo, le parecía ver por todas partes un polvillo fino, uniforme, que caía del techo y recubría los objetos. Le sucedía desde el otoño, cuando a pesar de que anochecía antes, retrasaban la hora de encender las lámparas para no gastar tanta electricidad. Ella limpiaba y sacudía las prendas una y otra vez; el polvo desaparecía, pero enseguida volvía a posarse un poco más allá, como una ceniza leve. Con una expresión de estupor y sufrimiento sacudió la ropa, mascullando «¿Qué es esto? Pero ¿qué es?».

De pronto, se detuvo y miró a su alrededor. Por momentos no entendía qué hacía allí, deambulando por aquellas estrechas habitaciones. Se llevó las manos al pecho y suspiró. Hacía calor y el ambiente estaba cargado; los radiadores, encendidos todavía con motivo de la fiesta, expandían un olor a pintura fresca. Intentó cerrarlos, aunque nunca había conseguido entender cómo funcionaban. Durante unos instantes, accionó la llave sin lograr ningún resultado, y la dejó. Abrió de nuevo la ventana. El apartamento del otro lado del patio estaba iluminado y proyectaba un intenso rectángulo de luz en la habitación.

En casa... –pensó–. En casa, ahora...

El bosque estaba helado. Cerró los ojos y vio con una precisión extraordinaria la nieve espesa, las luces

del pueblo titilando a lo lejos y el río, en el lindero del parque, reluciente y duro como si fuera de hierro.

Permaneció inmóvil, apoyada en el marco de la ventana, estirándose el chal sobre los revueltos mechones de su pelo, con un gesto muy suyo. Caía una llovizna rara y tibia; las gotitas brillantes, empujadas por las bruscas ráfagas de viento, le mojaban la cara. Con un escalofrío, se arrebujó aún más en la vieja pañoleta negra. Le zumaban los oídos, que por momentos parecían resonar con violencia, como el badajo agitado de una campana. Le dolía la cabeza, el cuerpo entero.

Abandonó el salón y fue a su pequeña habitación, al fondo del pasillo, para acostarse.

Antes de meterse en la cama, se arrodilló en el suelo y rezó sus oraciones. Se santiguaba y luego rozaba el piso de madera con la frente, como hacía siempre. Pero las palabras se le embrollaban esa noche; entonces se interrumpía y miraba con una especie de estupor la llanita que brillaba al pie del icono.

Se acostó y cerró los ojos. No podía dormir, escuchaba a su pesar el crujido de los muebles, el tictac del reloj de péndulo del comedor, como un suspiro humano que precedía al sonido de las horas resonando en el silencio, y, encima y debajo de ella, los gramófonos, funcionando todos a la vez en aquella noche de fiesta. La gente bajaba y subía la escalera, cruzaba el patio, salía... Se oía gritar a cada instante «¡El cordón, por favor!», y a continuación el eco sordo de la puerta cochera, que se abría y volvía a cerrarse, seguido por el ruido de pasos al alejarse por la calle desierta. Los taxis pasaban rápidamente. En el patio, una voz ronca llamaba al portero.

Tatiana Ivanovna suspiró y volvió la pesada cabeza sobre la almohada. Oyó dar las once, después las doce... Dormitó y se volvió a despertar varias veces. En cuanto perdía la conciencia veía la casa de Karinovka, pero la imagen se borraba, entonces volvía a cerrar los ojos para tratar de recuperarla. Siempre faltaba algún detalle. En unas ocasiones, el delicado amarillo de la piedra se había transformado en un rojo de sangre seca; en otras, la casa estaba ciega, tapiada, sin ventanas. Entretanto, oía el débil sonido como de vidrio de las ramas heladas de los abetos, agitadas por el viento.

De repente, el sueño cambió. Se vio inmóvil frente a la casa vacía, abierta. Era un día de otoño, a la hora en que las criadas empezaban a encender las estufas. Ella estaba abajo, de pie, sola. Veía en el sueño la casa desierta, las habitaciones vacías, como ella las había dejado, con las alfombras enrolladas y arrimadas a las paredes. Subía, y todas las puertas empujadas por la corriente de aire, se abrían con un ruido quejumbroso y extraño. Ella seguía avanzando, se apresuraba, como si temiera llegar tarde. Veía la hilera de inmensas habitaciones, todas abiertas y vacías, con el suelo regado de restos de papel de embalar y viejas hojas de periódico que el viento agitaba.

Por fin llegaba a la habitación de los niños. Estaba vacía, como todas las demás; la camita de Andréi también había desaparecido, y ella experimentó una especie de estupor: recordaba haberla dejado arrimada a un rincón, con el colchón enrollado. Delante de la ventana, sentado en el suelo, Yuri, pálido y enflaquecido, vestido de soldado como el último día, jugaba a la taba con unos huesitos viejos, como hacía cuando era niño. Ella sabía

que estaba muerto, pero, aun así, al verlo sintió una alegría tan grande que su viejo corazón empezó a latir con una violencia casi dolorosa. Los golpes fuertes y sordos le sonaban en el pecho. Tuvo todavía tiempo de verse corriendo hacia él, cruzando el polvoriento piso de madera, que crujía bajo sus pasos, como antes. Y en el instante en que iba a tocarlo, se despertó.

Era tarde. Estaba amaneciendo.

9

Se despertó gimiendo y se quedó inmóvil, tumbada boca arriba, mirando con estupor la claridad de las ventanas. Una niebla blanca y opaca inundaba el patio, pero a sus cansados ojos parecía nieve, tal como cae por primera vez en otoño, densa y deslumbrante, expandiendo una especie de luz suave de duro resplandor blanco. Juntó las manos y murmuró:

—La primera nieve...

La miró largo rato con una expresión de embeleso infantil y al mismo tiempo un poco enloquecida, insensata. El piso estaba en silencio. Seguramente aún no había vuelto nadie. Se levantó y se vistió. No quitaba los ojos de la ventana, imaginando la nieve que caía, los copos que surcaban el aire con una rapidez fugaz, como plumas de aves. En un momento le pareció oír que se cerraba una puerta. ¿Tal vez los Karin habían regresado y estaban durmiendo?... Pero no pensaba en ellos. Creía sentir los copos de nieve posarse en su cara, con su gusto de hielo y fuego. Tomó su abrigo, se echó el manto por la cabeza, se lo sujetó alrededor del cuello con un alfiler y, extendiendo la mano, buscó maquinalmente sobre la mesa, como una ciega, el manajo de llaves que llevaba

siempre en Karinovka cuando salía. No encontró nada, pero siguió tanteando febrilmente, sin recordar lo que buscaba, mientras apartaba con impaciencia el estuche de los lentes, la labor empezada, el retrato de Yuri niño...

Creía que la esperaban. Una extraña fiebre le hacía hervir la sangre.

Abrió un armario y dejó la puerta oscilando y un cajón abierto. Un perchero cayó al suelo. Dudó un instante, pero luego se encogió de hombros, como si no tuviera tiempo que perder, y salió a toda prisa. Atravesó el apartamento y bajó la escalera con su pasito rápido y silencioso.

Al llegar al patio, se detuvo. La gélida niebla formaba una nube, densa y blanca, que se alzaba lentamente del suelo, como un humo. Finas gotitas le picaban la cara, igual que la punta de las agujas de nieve cuando caen medio fundidas y mezcladas aún con la lluvia de setiembre.

Dos hombres de traje salieron detrás de ella y la miraron con curiosidad. Ella los siguió y se deslizó por el hueco de la puerta cochera, que volvió a cerrarse a sus espaldas con un gemido sordo.

Estaba en la calle, una calle oscura y desierta; un farol brillaba a través de la lluvia. La niebla se disipaba y comenzaba a caer una fría llovizna. Los adoquines y las paredes resplandecían débilmente. Pasó un hombre arrastrando las suelas de sus zapatos empapados. Un perro cruzó la calle como con prisa, se acercó a la vieja, la olfateó y se acomodó a su paso con un débil gruñido quejumbroso e inquieto. La acompañó un rato y desapareció.

Tatiana Ivanovna continuó avanzando, vio una plaza, otras calles... Un taxi le pasó tan cerca que el barro le salpicó la cara. Ella no parecía ver nada. Caminaba en línea recta resbalando sobre los adoquines mojados. Por momentos, se sentía tan cansada que creía que las piernas iban a doblársele bajo el peso del cuerpo y hundirse en el suelo. Levantaba la cabeza y miraba la claridad del día que asomaba al otro lado del Sena: un retazo de cielo blanco al final de la calle. A sus ojos se transformaba en una llanura nevada, como la de Sujarevo. Avivó el paso, deslumbrada por una especie de lluvia de fuego que le salpicaba los párpados. En sus oídos resonaba un sonido de campanas.

Por un instante, tuvo un relámpago de lucidez. Vio con toda nitidez la niebla y el humo que se disipaban. Pero fue solo un momento. Después siguió caminando, inquieta y cansada, cada vez más encorvada. Por fin llegó a los muelles.

El Sena, desbordado, cubría las orillas. El sol se alzaba y el horizonte se veía blanco con un resplandor puro y luminoso. La anciana se acercó al pretil y miró con fijeza la resplandeciente franja celeste. A sus pies había una pequeña escalera hecha en la piedra. Aferró con fuerza la baranda con su mano helada y temblorosa y empezó a bajar. Sobre los últimos escalones el agua corría, pero ella no la vio. «El río está helado—se decía—. En esta época del año, tiene que estar helado...».

Le parecía que bastaba con cruzarlo, y que, del otro lado, estaba Karinovka. Veía brillar las luces de las terrazas a través de la nieve.

Sin embargo, recién cuando llegó abajo, el olor del agua la sorprendió. Sobresaltada, llena de estupor y de

ira se detuvo un segundo y después siguió bajando a pesar de que el agua le inundaba los zapatos y empezaba a empaparle la falda. Solo cuando ya había entrado en el Sena hasta la cintura recobró por completo la razón. Se sintió helada, quiso gritar, pero solo tuvo tiempo de hacer la señal de la cruz y dejar caer el brazo: estaba muerta.

El menudo cadáver flotó un instante como un atado de trapos, antes de desaparecer absorbido por las aguas negras del Sena.

Índice

Irène Némirovsky	
- El baile - Las moscas del otoño	5
El baile	7
Las moscas del otoño	57

COLOFON